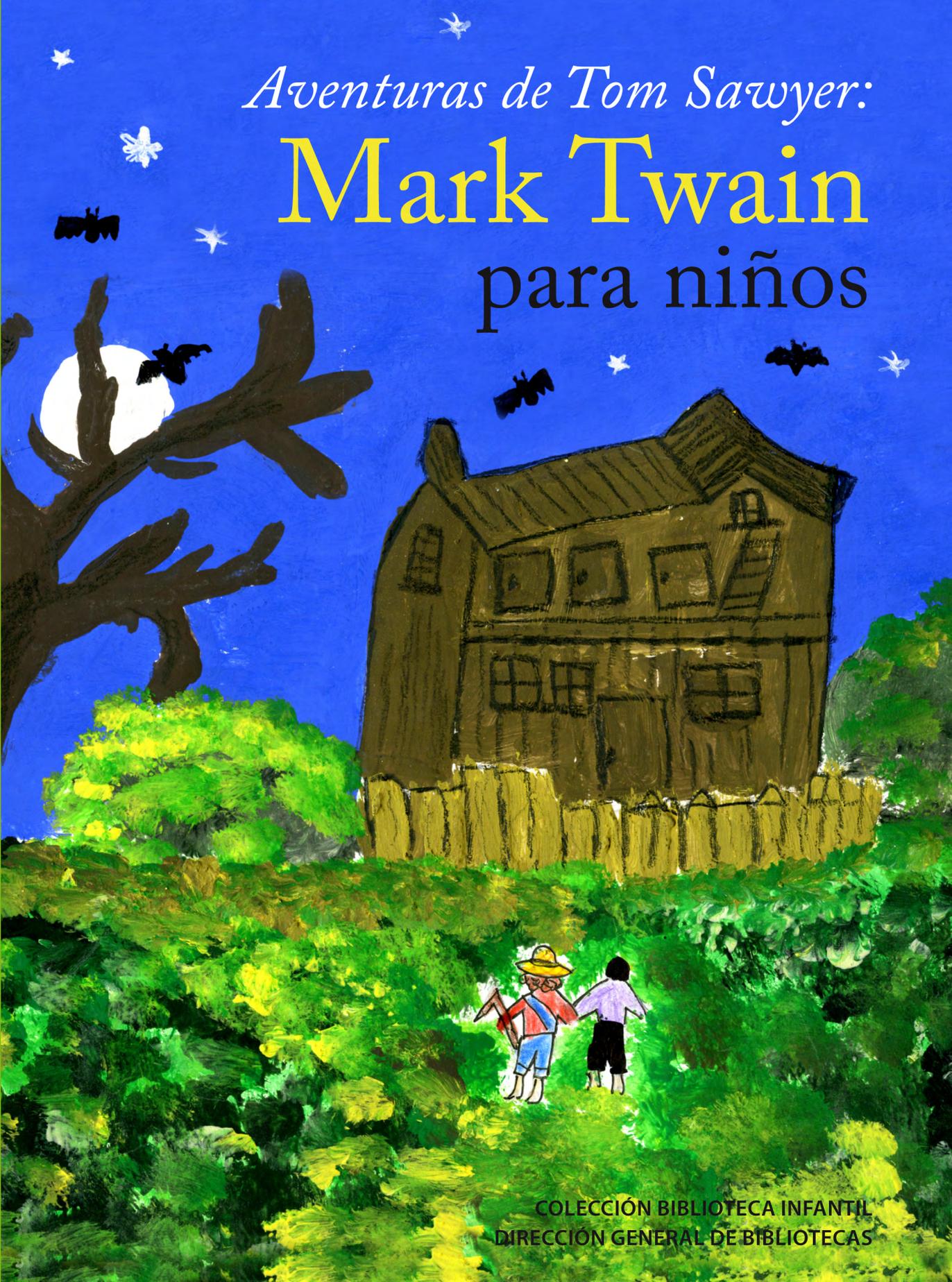


*Aventuras de Tom Sawyer:*

**Mark Twain**

para niños



COLECCIÓN BIBLIOTECA INFANTIL  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





*Aventuras de Tom Sawyer:*  
Mark Twain para niños





*Aventuras de Tom Sawyer:*

# Mark Twain

para niños

Edición conmemorativa por el 175 aniversario  
del nacimiento y el centenario luctuoso  
de Mark Twain

COLECCIÓN BIBLIOTECA INFANTIL  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





*Aventuras de Tom Sawyer:*  
*Mark Twain para niños*  
Primera edición, 2010

D.R. ©2010  
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes  
Dirección General de Bibliotecas  
Tolsá núm. 6, Centro, C.P. 06040, México, D.F.

ISBN: 978-607-455-533-2

Impreso y hecho en México.



## *Índice*

Presentación **9**

Nota del autor **13**

Tom juega, riñe y se oculta **15**

Tom quiere ser pirata **31**

Reunión en la noche. La nave pirata **41**

El tesoro escondido **55**

La casa encantada y la caja de oro **67**

La búsqueda. Encontrados por Joe el Indio. Abandonados a su suerte **83**

Dicha general. Los rescatan **99**

Semblanza de Mark Twain **109**

Identificación de imágenes **110**



# Presentación

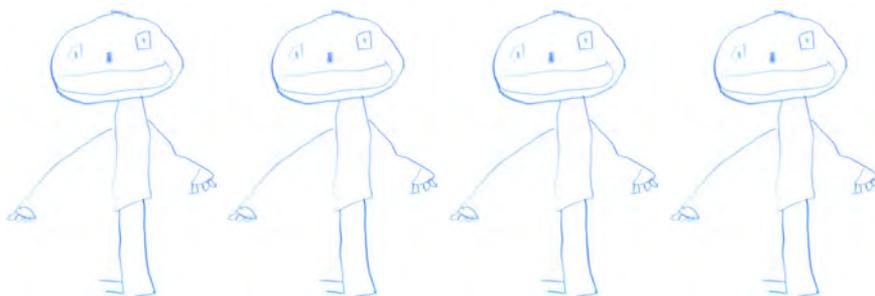
En 2010 se conmemoró el centenario del fallecimiento de uno de los más célebres escritores norteamericanos, Mark Twain, quien dedicó gran parte de su producción literaria al público infantil y juvenil, y legó a las generaciones posteriores obras memorables como *Las aventuras de Tom Sawyer*, de la cual ofrecemos algunos fragmentos en este libro para los pequeños lectores, además de otras no menos conocidas como *Las aventuras de Huckelberry Finn*, *Príncipe y mendigo* y *Un yanqui en la corte del Rey Arturo*.

Considerando la importancia de poner al alcance de las nuevas generaciones la obra de autores imprescindibles en el panorama de la literatura universal, la Dirección General de Bibliotecas del Conaculta dedicó este año a Mark Twain el concurso de dibujo infantil que desde hace casi una década organiza, para recordar y celebrar la obra literaria de los más destacados escritores tanto nacionales como extranjeros. Se trata de un concurso que incluye la realización, en las bibliotecas públicas de la Red Nacional durante los meses de septiembre y octubre, de talleres de lectura basados, en esta ocasión, en la narrativa de Twain, que los niños después de leerla representaron a través de la creación plástica, haciendo gala de su creatividad e imaginación, y cuyos dibujos ilustran de forma inmejorable esta publicación.



Así, como resultado de ese concurso de dibujo infantil, ahora ve la luz el libro que el lector tienen en sus manos: *Aventuras de Tom Sawyer: Mark Twain para niños*, perteneciente a la Colección Biblioteca Infantil, cuyas historias están acompañadas por cerca de un centenar de dibujos de 94 niños de 5 a 12 años de edad, residentes en los estados de Baja California, Campeche, Chihuahua, Coahuila, Durango, Estado de México, Guanajuato, Hidalgo, Jalisco, Nuevo León, Oaxaca, Querétaro, Quintana Roo, San Luis Potosí, Sonora, Veracruz y Tabasco, así como el Distrito Federal, que fueron seleccionados entre los 837 dibujos recibidos de 18 entidades del país.

Por medio de este volumen la Dirección General de Bibliotecas del Conaculta invita una vez más a los niños a descubrir y disfrutar lo mejor de la literatura, y a sumergirse en el mundo de aventuras que Mark Twain construyó para todos nosotros.





MANUEL ROBERTO SANTOS GARCÍA, 10 AÑOS, COMALCALCO, TABASCO.



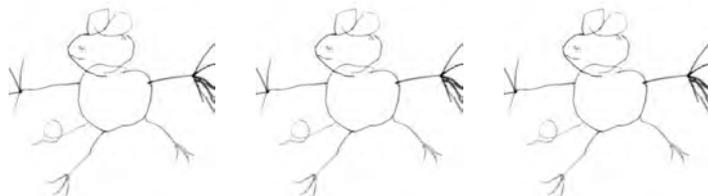
## Nota del autor

Casi todas las aventuras relatadas en este libro han ocurrido realmente; una o dos de ellas fueron experiencias mías; el resto, de muchachos compañeros de la escuela. Huck Finn está tomado de la vida real; Tom Sawyer también, pero no de un solo personaje: es la combinación de las características de tres muchachos a quienes conocí y, por tanto, pertenece a lo que se llama en arquitectura un orden compuesto.

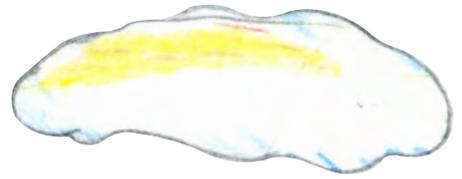
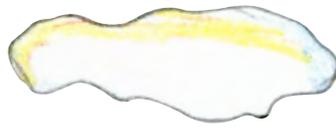
Las singulares supersticiones a que se hace referencia en algunos pasajes de esta narración, prevalecían entre los niños y los esclavos del oeste de los Estados Unidos durante la época en que transcurre esta historia...

Aunque mi libro ha sido concebido especialmente para solaz de niños y niñas, espero que sea leído también por hombres y mujeres, pues ha sido mi propósito al escribirlo recordar agradablemente a los adultos cómo fueron ellos en su niñez, cómo sentían, pensaban y hablaban, y en qué extrañas empresas se hallaron muchas veces empeñados.

*Mark Twain*







## Tom juega, riñe y se oculta

¡Tom!

Silencio.

—¡Tom!

El mismo silencio.

—¿Dónde se habrá metido este muchacho? ¡Tom!

La anciana se bajó las gafas y miró por encima de ellas alrededor de la habitación; después se las subió a la frente y miró por debajo. Rara vez, o nunca, miraba a través de los cristales a cosa de tan poca importancia como un chicuelo: aquéllos eran los lentes de lujo, su mayor orgullo, usados como ornato más bien que para servicio; pues lo mismo hubiera visto mirando a través de un par de anteojeras. Se quedó un instante perpleja, y luego dijo, no con cólera, pero sí con voz lo suficiente alta para que la oyeran los muebles:

—Bueno; pues te aseguro que si te echo mano te voy a...

No terminó la frase, porque antes se agachó dando estacadas con la escoba por debajo de la cama; así es que necesitaba todo su aliento para puntuar los escobazos con resoplidos. Lo único que consiguió fue desterrar un gato.

—¡No he visto cosa igual a ese muchacho!

Fue hasta la puerta y se detuvo allí, recorriendo con la mirada las plantas de tomate y las hierbas silvestres que constituían el huerto. Ni sombra de Tom. Alzando otra vez la voz, la anciana gritó:

—¡Toooooom!

Oyó a sus espaldas un ligero ruido; entonces, volviéndose tan rápidamente como pudo, atrapó al muchacho por la chaqueta.



—¡Ya estás! ¡Que no se me haya ocurrido pensar en esa despensa!... ¿Qué estabas haciendo ahí?

—Nada.

—¿Nada? Mírate esas manos, mírate esa boca... ¿Qué es eso pegajoso?

—No lo sé, tía.

—Bueno; pues yo sí lo sé. Es dulce..., eso es. Mil veces te he dicho que como no dejes en paz ese dulce te voy a despellejar vivo. Dame esa vara.

La vara se cimbró en el aire; el peligro era inminente y la situación desesperada.

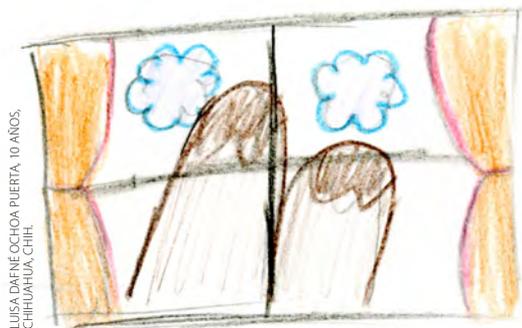
—¡Dios mío! ¡Mire lo que viene ahí detrás, tía!

La anciana giró en redondo, recogiendo las faldas para esquivar el peligro; en el mismo instante el chicuelo escapó, se encaramó por la alta valla de tablas y desapareció tras ella. Su tía Polly se quedó un momento sorprendida; después se echó a reír bondadosamente.

—¡Diablo de chico! ¿Es que nunca acabaré de aprender sus mañas? ¡Cuántas jugarretas como ésta no me habrá hecho, y aún le hago caso! Pero las viejas bobas somos más bobas que nadie. Perro viejo no aprende gracias nuevas, como suele decirse. Pero, ¡Señor!, si no me engaña del mismo modo dos días seguidos, ¿cómo se podrá saber por dónde irá a salir? Parece que adivina hasta dónde puede atormentarme antes que llegue a montar en cólera, y sabe, el muy pillo, que si logra distraerme un instante o hacerme reír, ya todo se acabó y soy incapaz de pegarle. No; la verdad es que no

cumplo mi deber hacia este chico: ésa es la pura verdad, pues la Biblia dice bien claro: “Si escatimas el castigo echarás a perder a tu hijo”. Y así, estoy pecando por los dos y sufriendo por los dos. Esta tarde faltará al colegio, y no tendré más remedio que hacerle trabajar mañana como castigo. Cosa dura es obligarlo a trabajar los sábados, cuando todos los chicos tienen asueto; pero aborrece el trabajo más que ninguna otra cosa; bueno... o tengo que ser un poco rígida con él, o voy a ser la perdición de este chiquillo.

Tom hizo novillos, en efecto, y lo pasó muy bien. Volvió a casa con el tiempo justo para ayudar a Jim, el negrito, a aserrar la leña para el día siguiente y hacer astillas antes de la cena; pero, al menos, llegó a tiempo para contar sus aventuras a Jim, mientras éste hacía tres cuartas partes de la tarea. Sid, el hermano menor de Tom —mejor dicho, hermanastro—, ya había dado fin a la suya de recoger astillas, pues era muchacho tranquilo, poco dado a aventuras y



picardías. Mientras Tom cenaba y escamoteaba terrones de azúcar (cuando la ocasión se le ofrecía), su tía le hacía preguntas llenas de malicia y trastienda, con el intento de hacerle picar el anzuelo y sonsacarle confesiones reveladoras. Como muchas otras personas, igualmente sencillas y candorosas, se envanecía de poseer un talento especial para la diplomacia tortuosa y sutil, y se complacía en mirar sus artificios más obvios y transparentes como maravillas de artera astucia. Así, le dijo:

—Hacía bastante calor en la escuela, Tom, ¿no es cierto?

—Sí, tía.

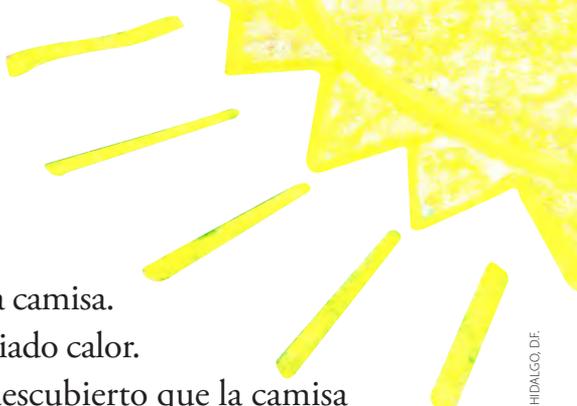
—Muchísimo calor, ¿verdad?

—Sí, tía.

—¿No te entraron ganas de ir a nadar?

Tom sintió un vago recelo, un barrunto de alarmante sospecha. Examinó la cara de su tía Polly, pero nada sacó en limpio. Así es que contestó:





—No, tía; bueno..., no muchas.

La anciana alargó la mano y le palpó la camisa.

—Sin embargo, ahora no tienes demasiado calor.

Y se quedó tan satisfecha por haber descubierto que la camisa estaba seca, sin dejar traslucir que era aquello lo que quería averiguar. Pero, a pesar de tal disimulo, bien sabía y Tom de dónde soplabla el viento. Por lo tanto, se apresuró a parar el próximo golpe.

—Algunos chicos estuvimos echándonos agua por la cabeza. Aún la tengo húmeda. ¿Ve usted?

La tía Polly se quedó mohina, pensando que no había advertido aquel detalle acusador; además, le había fallado el tiro. Pero tuvo una nueva inspiración.

—Dime, Tom: ¿para mojar te la cabeza no tuviste que descoserte el cuello de la camisa por donde yo te lo cosí? ¡Desabróchate la chaqueta!

Ni sombra de alarma apareció en la faz de Tom. Abrió la chaqueta. El cuello estaba cosido, y bien cosido.

—¡Diablo de chico! Estaba segura de que habrías hecho novillos y de que te habrías ido a nadar. Me parece, Tom, que eres como gato escaldado, como suele decirse, y mejor de lo que pareces..., al menos por esta vez.

Le dolía un poco que su sagacidad hubiera fallado y se complacía de que Tom se hubiera resignado a obedecer, aunque sólo fuese una vez.

Pero Sid dijo:

—Pues mire usted: yo diría que el cuello estaba cosido con hilo blanco y ahora es negro.

—¡Cierto que lo cosí con hilo blanco! ¡Tom!

Pero Tom no esperó el final. Al escapar, gritó desde la puerta:

—Siddy, ¿me las vas a pagar!

Ya en lugar seguro, sacó dos largas agujas que llevaba clavadas debajo de la solapa. En una había enrollado hilo negro, y en la otra, blanco.

“Si no es por Sid, no lo descubre. Unas veces, lo cose con blanco y otras con negro. ¡Cómo no se decidirá de una vez por uno u otro! Así no hay quien lleve la cuenta. Pero Sid me las ha de pagar”.

Tom no era el niño modelo del lugar. Al niño modelo lo conocía de sobra y lo detestaba con toda su alma.

Aún no habían pasado dos minutos cuando ya había olvidado sus cuitas y pesadumbres. No porque fueran menos graves y amargas de lo que son para los hombres las de la edad madura, sino porque un nuevo y absorbente interés las redujo a la nada y las apartó por entonces de su pensamiento, del mismo modo que las desgracias de los mayores se olvidan con el anhelo y la excitación de nuevas empresas. Este nuevo interés era cierta inapreciable novedad en el arte de silbar, en la que acababa de adiestrarle un negro y que ansiaba practicar a solas y tranquilo. Consistía en ciertas variaciones a estilo de trino de pájaro, una especie de líquido gorjeo que resultaba de hacer vibrar la lengua contra el paladar y que se intercalaba en la melodía silbada. Probablemente el lector recuerda cómo se hace, si es que ha sido muchacho alguna vez. La aplicación y la perseverancia pronto le hicieron dar en el quid, y echó a andar calle adelante con la boca rebosando de armonías y el alma llena de alborozo. Sentía lo mismo que experimenta el astrónomo al descubrir una nueva estrella; sin que haya duda de que en cuanto a lo intenso, hondo y acendrado del placer, la ventaja estaba del lado del muchacho y no del astrónomo.





CÉSAR ROMERO LÓPEZ, 10 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.



GUADALUPE ALVARADO ESTRADA, 9 AÑOS, TULA DE ALLENDE, HIDALGO.

Los crepúsculos veraniegos eran largos. Aún no era de noche. De pronto, Tom suspendió el silbido: un forastero estaba ante él, un muchacho que apenas le llevaba un dedo de ventaja en la estatura. Un recién llegado, de cualquier edad o sexo, era criatura emocionante en el pobre pueblecito de San Petersburgo<sup>1</sup>. El chico, además, estaba bien trajeado, y eso, en un día no festivo, resultaba sencillamente asombroso. Su gorra era una preciosidad; la chaqueta, de paño azul, nueva, bien cortada y elegante; y lo mismo podía decirse de los pantalones. Tenía puestos los zapatos, aunque no era más que viernes. Hasta llevaba corbata: una cinta de colores vivos. En toda su persona había tal aire de ciudad que le dolía a Tom como una injuria. Cuando más contemplaba aquella esplendorosa maravilla, más alzaba en el aire la nariz con un gesto de desdén por aquellas galas y más rota y desastrada le iba pareciendo su propia vestimenta. Ninguno de los dos muchachos hablaba. Si uno se movía, movíase el otro; pero sólo de costado, haciendo rueda. Seguían cara a cara y mirándose a los ojos sin pestañear. Al fin, Tom dijo:

—Yo te puedo.

—Pues anda y haz la prueba.

—Pues sí que te puedo.

—¡A que no!

—¡A que sí!

—¡A que no!

Hubo una pausa embarazosa. Después Tom prosiguió:

<sup>1</sup> El pueblo que Mark Twain llama San Petersburgo es ahora la ciudad de Hannibal. Está situada sobre la orilla occidental del río Misisipi en el estado norteamericano de Missouri.

—Y tú, ¿cómo te llamas?  
—¿Y a ti qué te importa?  
—Pues si me da la gana vas a ver si me importa.  
—¡A que no te atreves!  
—Como hables mucho lo vas a ver.  
—¡Mucho..., mucho..., mucho! Ya está.  
—Tú te crees muy gracioso; pero si quisiera te podría dar una paliza con una mano atada atrás.  
—Bueno, ¿por qué no lo haces, si tanto puedes?  
—Pues claro que lo haré si sigues haciéndote el guapo.  
—¡Vaya! He visto a muchos como tú.  
—¡Qué gracioso! Te crees que eres alguien, ¿no? ¡Con ese sombrero!  
—Si no te gusta, ¡fastídiate! Y atrévete a tocármelo, que cualquiera que se atreva tendrá que vérselas conmigo.  
—Eres un mentiroso.  
—Más lo eres tú.  
—Y tú eres un provocador engréido que no se atreve a nada.  
—¡Ah!, ¿sí?; pues márchate por si acaso.  
—Como me digas esas cosas, agarro una piedra y te la tiro a la cabeza.  
—¡A que no!  
—¡A que sí!  
—¿Y por qué no lo haces, entonces? ¿Para qué hablas tanto si no te atreves a nada? Lo que pasa es que tienes miedo.  
—Más tienes tú.





—¡Yo no lo tengo!

—¡Sí lo tienes!

Hubo otra pausa, durante la cual ambos se lanzaron miradas de odio dando pasos paralelos, hasta que en cierto momento quedaron hombro con hombro. Entonces, Tom dijo:

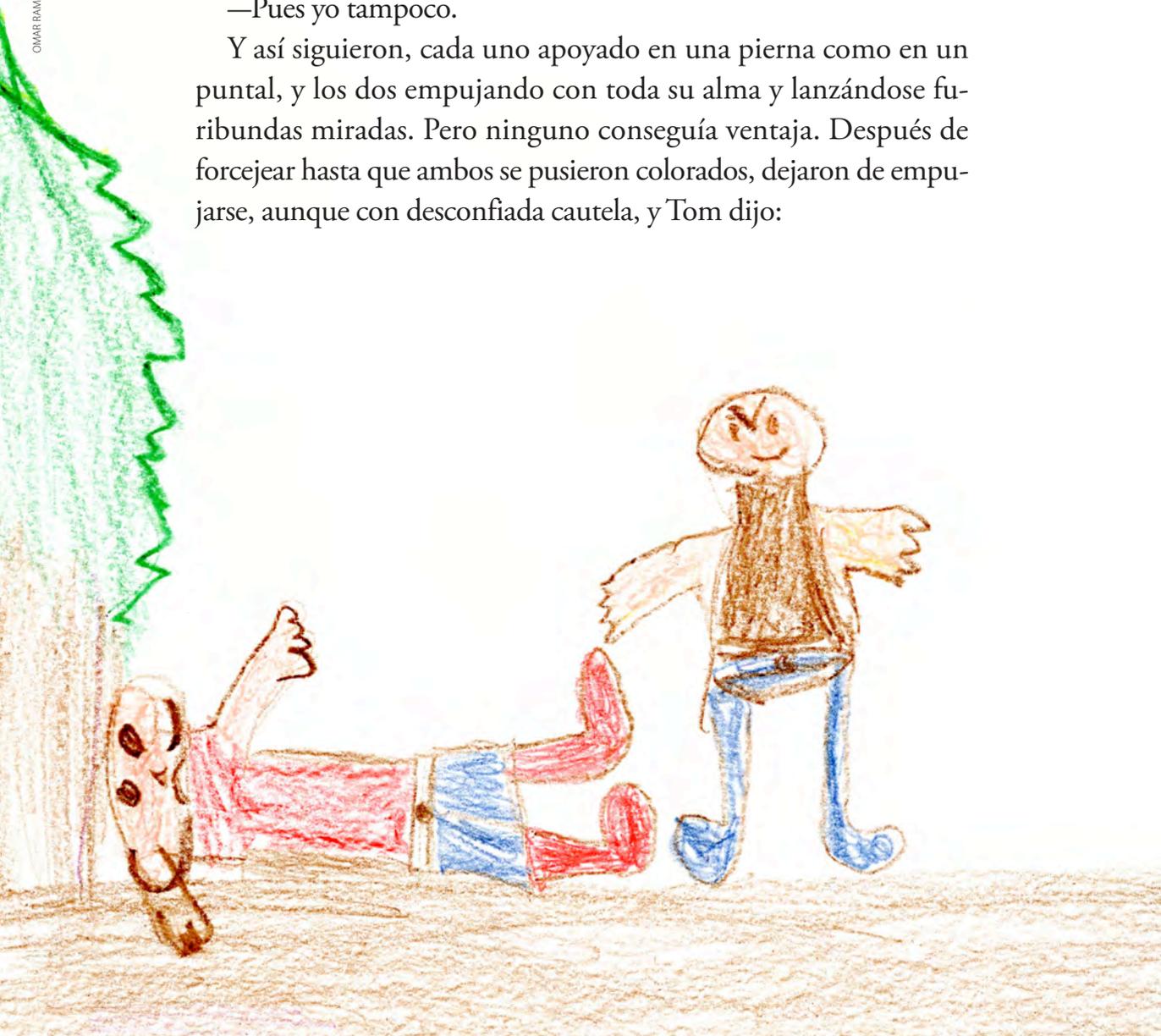
—Vete de aquí.

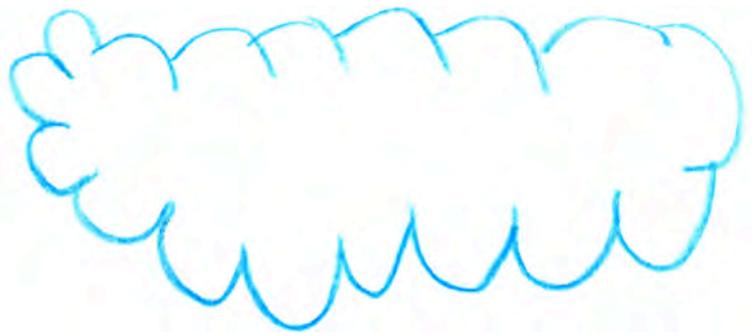
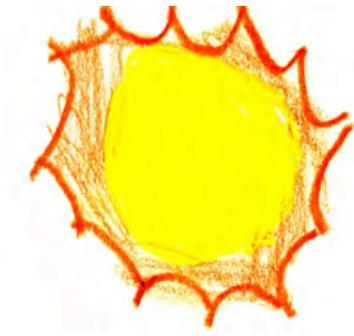
—Vete tú —contestó el otro.

—No quiero.

—Pues yo tampoco.

Y así siguieron, cada uno apoyado en una pierna como en un puntal, y los dos empujando con toda su alma y lanzándose furibundas miradas. Pero ninguno conseguía ventaja. Después de forcejear hasta que ambos se pusieron colorados, dejaron de empujarse, aunque con desconfiada cautela, y Tom dijo:





—Tú eres un cobarde y un mocoso. Voy a decírselo a mi hermano mayor, que te puede deshacer con el dedo meñique, y haré que te dé una buena paliza.

—¡Bastante me importa tu hermano! Tengo yo uno mayor que el tuyo y que si lo encuentra lo tira por encima de esa cerca. (Ambos hermanos eran imaginarios).

—Eso es mentira.

—¡Porque tú lo digas!

Tom hizo una raya en el suelo con el dedo gordo del pie y dijo:

—Atrévete a pasar de aquí y soy capaz de pegarte hasta que no te puedas tener. El que se atreva se la gana.

El recién venido traspasó en seguida la raya y dijo:

— ¡Ya está! A ver si haces lo que dices.

—No vengas presumiendo; ándate con cuidado.

—Bueno, pues ¡a que no lo haces!

—¡A que sí! Por dos centavos lo haría.

El recién venido sacó dos centavos del bolsillo y se los ofreció burlonamente.

Tom los tiró contra el suelo.

En el mismo instante rodaron los dos chicos, revolcándose en la tierra, agarrados como dos gatos, y durante un minuto forcejearon tirándose del pelo y de las ropas, se golpearon y arañaron las narices,



y se cubrieron de polvo y de gloria. Cuando se aclaró la confusión, a través de la polvareda de la batalla apareció Tom, sentado a horcajadas sobre el forastero y moliéndolo a puñetazos.

—¡Date por vencido!

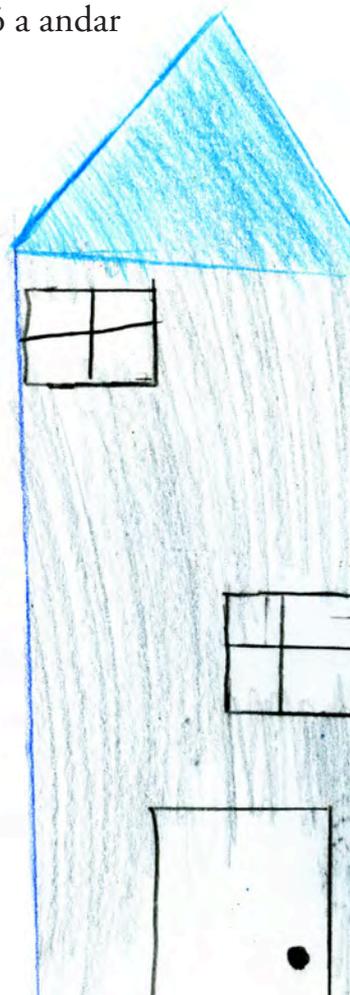
El forastero no hacía sino luchar para libertarse. Estaba llorando de rabia.

—¡Date por vencido!... —y seguían los golpes.

Al fin el forastero balbuceó un “me doy”, y Tom lo dejó levantarse y dijo:

—Eso, para que aprendas. Otra vez ten ojo con quién te metes.

El vencido se marchó, sacudiéndose el polvo de la ropa, entre hipo y sollozos, y de vez en cuando se volvía moviendo la cabeza y amenazando a Tom con lo que le iba a hacer “la primera vez que lo encontrara”. A lo cual Tom respondió con mofa, y echó a andar



con orgulloso continente. Pero tan pronto como volvió la espalda, su contrario cogió una piedra y se la arrojó, dándole en mitad de la espalda, y en seguida volvió grupas y corrió como un gamo. Tom persiguió al traidor hasta su casa, y supo así dónde vivía. Tomó posiciones por algún tiempo junto a la puerta del jardín y desafió a su enemigo a salir a campo abierto; pero el enemigo se contentó con sacarle la lengua y hacerle muecas detrás de la ventana. Al fin apareció la madre del forastero, y llamó a Tom malo, tunante y ordinario, ordenándole que se largase de allí. Tom se fue, pero no sin prometer antes que aquel chico se las había de pagar.

Llegó muy tarde a casa aquella noche, y al encaramarse cautelosamente a la ventana, cayó en una emboscada preparada por su tía, la cual, al ver el estado en que traía las ropas, se afirmó en la resolución de tornar el asueto del sábado en cautividad y trabajos forzados.



GUSTAVO SAMPERI RÍOS, 10 AÑOS, XALAPA, VERACRUZ.

ALAN ZALARY ALCALÁ MOLETT, 9 AÑOS, ENSENADA,  
BAJA CALIFORNIA.



## Tom quiere ser pirata

Tom se escabulló de aquí para allá por entre las calles, hasta apartarse del camino por el que regresaban los escolares, y después siguió caminando lenta y desganadamente. Cruzó dos o tres veces un arroyito, por ser creencia entre los chicos que cruzar agua desorientaba a los perseguidores. Media hora después desapareció tras la mansión de Douglas, en la cumbre del monte, y ya apenas se divisaba la escuela en el valle, que iba dejando atrás. Se metió en un espeso bosque, dirigiéndose, fuera de toda senda, hacia el centro, y se sentó sobre el musgo, bajo un roble de ancho ramaje. No se movía la menor brisa; el intenso calor del mediodía había acallado hasta los cantos de los pájaros; la naturaleza toda yacía en un sopor no turbado por ruido alguno, a no ser, de cuando en cuando, el lejano martilleo de algún pájaro carpintero, y aun esto parecía hacer más profundo el silencio y más impresionante la sensación de soledad. El muchacho estaba sumido en la melancolía y su estado de ánimo estaba a tono con la escena. Permaneció sentado largo rato meditando, con los codos en las rodillas y la barbilla en las manos. Le parecía que la vida era no más que una carga, y casi envidiaba a Jimmy Hodges, que hacía poco se había librado de ella. ¡Qué apacible debía ser, pensó, yacer y dormir y soñar por siempre jamás, con el viento murmurando por entre los árboles y meciendo las flores y



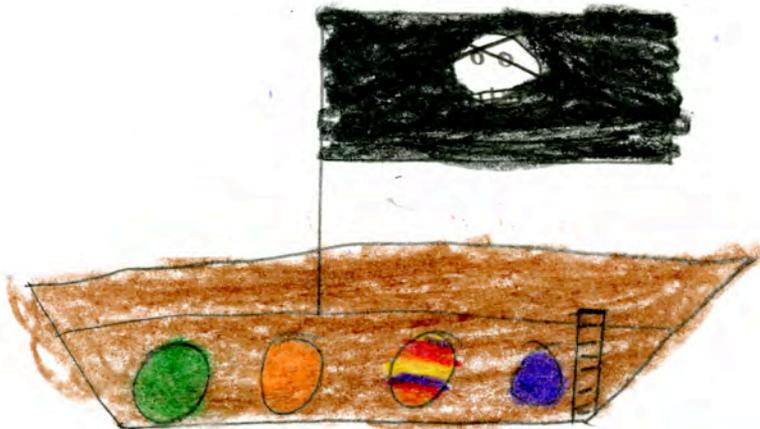
las hierbas de la tumba, y no tener ya nunca molestias ni dolores que sufrir! Si al menos hubiera tenido buenas clasificaciones en la escuela dominical, estaría dispuesto a que llegase el fin y a terminar con todo de una vez. Y en cuanto a Becky, ¿qué había hecho él? Nada. Había obrado con la mejor intención del mundo y lo habían tratado como a un perro. Algún día lo sentiría ella... , quizá cuando ya fuera demasiado tarde. ¡Ah, si pudiera morirse por unos días!

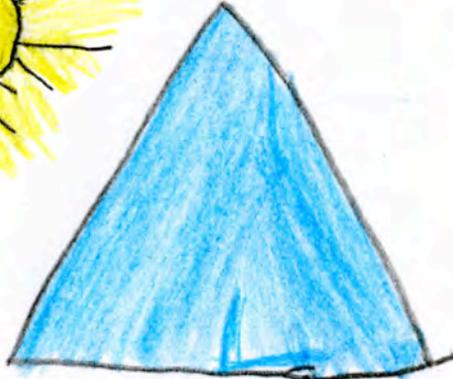
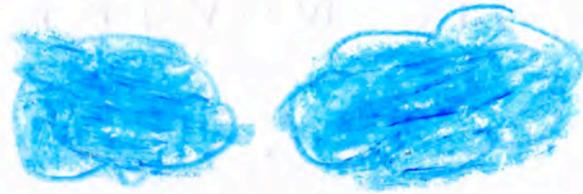
Pero el corazón juvenil no puede estar mucho tiempo deprimido. Insensiblemente, Tom comenzó a dejarse llevar de nuevo por las preocupaciones de esta vida. ¿Qué pasaría si de pronto volviese la espalda a todo y desapareciera misteriosamente? ¿Si se fuera muy lejos, muy lejos, a países desconocidos?, más allá de los mares, y no volviese nunca? ¿Qué impresión sentiría ella? La idea de ser *clown* le vino a las mientes; pero sólo para rechazarla con disgusto, pues la frivolidad, las gracias, y los pantalones pintarrajeados eran una ofensa cuando pretendían profanar un espíritu exaltado a la augusta y vaga región de lo novelesco. No; sería soldado, para volver al cabo de muchos años como un inválido glorioso. No, mejor aún: se iría con los indios, y cazaría búfalos, y seguiría la “senda de guerra” en las sierras o en las vastas praderas del Lejano Oeste, y después de mucho tiempo volvería hecho un gran jefe, erizado de plumas, pintado de espantable modo; se plantaría de un salto, lanzando un escalofriante grito de guerra, en la escuela dominical, una soñolienta mañana de domingo, y haría morir de envidia a sus compañeros. Pero no, aún había algo más grandioso: ¡Sería pirata! ¡Eso sería! Ya estaba trazado su porvenir, deslumbrante y esplendoroso. ¡Cómo llenaría su nombre el mundo y haría estremecer a las gentes! ¡Qué gloria la de hendir los mares procelosos con un rápido



velero, el *Genio de la Tempestad*, con la terrible bandera flameando en el tope! y en el cenit de su fama aparecería de pronto en el pueblo, y entraría arrogante, en la iglesia, tostado y curtido por la intemperie, con su jubón y calzas de negro terciopelo, sus grandes botas de campaña, su tahalí escarlata, el cinto erizado de pistolones de arzón, el machete, tinto en sangre, al costado, el ancho sombrero con ondulantes plumas, y desplegada la bandera negra ostentando la calavera y los huesos cruzados, y oiría con orgulloso deleite los cuchicheos: “¡Este es Tom Sawyer el Pirata! ¡El temible Vengador de la América Española!”.

Sí, era cosa resuelta; su destino estaba trazado. Se escaparía de casa para lanzarse a la aventura. Se iría a la mañana siguiente. Debía empezar, pues, a prepararse, reuniendo sus riquezas. Avanzó hasta un tronco caído que estaba allí cerca y empezó a escarbar debajo de uno de sus extremos con el cuchillo Barlow. Pronto tocó





DANNA PAOLA NAVARRETE GONZALEZ, 8 ANOS, SAN LUIS POTOSI, SLP.

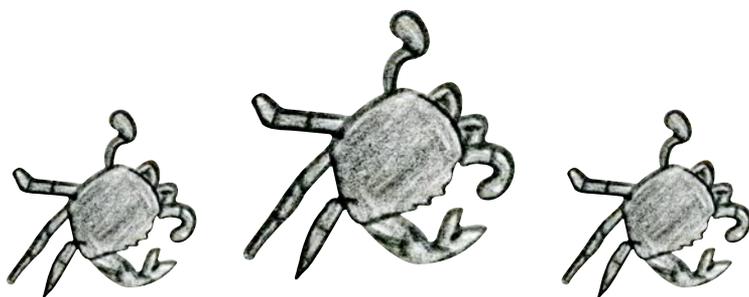
un trozo de madera que sonaba a hueco; colocó sobre ella la mano y lanzó solemnemente este conjuro:

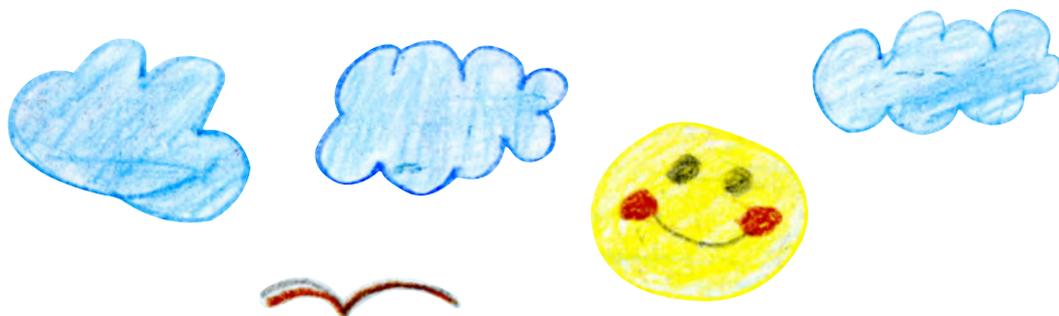
—Lo que no está aquí, que venga. Lo que esté aquí, que se quede.

Después separó la tierra, y se vio una tabla de pino; la arrancó, y apareció debajo una pequeña y bien construida cavidad para guardar tesoros, con el fondo y los costados también de tablas. Había allí una bolita. Tom se quedó atónito. Se rascó el cabeza, perplejo, y exclamó:

—¡Nunca vi cosa más rara!

Después la arrojó lejos, con gran enojo, y se quedó meditando. El hecho era que había fallado allí una superstición que él y sus amigos habían tenido siempre por infalible. Si uno enterraba una bolita con ciertos indispensables conjuros y la dejaba dos semanas, al abrir el escondite con la fórmula mágica que él acababa de usar se encontraba con que todas las bolitas que había perdido en su vida se habían juntado allí por muy esparcidas y separadas que hubieran estado. Pero esto acababa de fracasar, allí y en aquel instante, de modo incontrovertible. Todo el edificio de la fe de Tom fue sacudido hasta los cimientos. Había oído antes muchas veces que la cosa había sucedido, pero nunca que hubiera fallado. No se le ocurrió que él mismo había hecho ya la prueba en bastantes ocasiones, sin que después pudiera encontrar el escondite. Perplejo, estuvo devanándose los sesos con el asunto, y al fin decidió que alguna bruja entrometida había roto el sortilegio. Para satisfacerse sobre





este punto, buscó por allí cerca hasta encontrar un montoncito de arena con una depresión en forma de chimenea en el medio. Se echó al suelo y, acercando la boca al agujero, llamó:

—¡Chinche holgazana, chinche holgazana, dime lo que quiero saber! ¡Chinche holgazana, chinche holgazana, dime lo que quiero saber!

La arena empezó a removerse y a poco una diminuta chinche negra apareció un instante y en seguida se ocultó atemorizada.

—¡No se atreve a decirlo! Así, pues, ha sido una bruja quien lo ha hecho. ¡Ya lo decía yo!

Sabía muy bien la futilidad de contender con brujas; así es que desistió, desengañado. Pero se le ocurrió que no era cosa de perder la bolita que acababa de tirar, e hizo una paciente búsqueda. No pudo encontrarla. Volvió entonces al escondite de tesoros y, colocándose exactamente en la misma postura en que estaba cuando la arrojó, sacó otra del bolsillo y la tiró en la misma dirección, diciendo:

—Hermana, busca a tu hermana.

Observó dónde se detenía, fue al sitio y miró. Pero debió haber caído más cerca o más lejos, y repitió otras dos veces el experimento. La última dio más resultado: las dos bolitas estaban a menos de un pie de distancia una de otra.

En aquel momento el sonido de una trompetilla de juguete se oyó débilmente bajo las bóvedas de verdura de la selva. Tom se despojó de la chaqueta y de los pantalones, convirtió un tirante en cinto, apartó unos matorrales que había detrás del tronco caído,

para dejar ver un arco y una flecha toscamente hechos, una espada de lata y una trompeta también de lata, y en un instante tomó todas aquellas cosas y echó a correr, desnudo de piernas, con los faldones de la camisa flotando al viento. A poco se detuvo bajo un olmo corpulento, respondió con un toque de corneta y, después, empezó a andar de aquí para allá, de puntillas y con recelosa mirada, diciendo cautelosamente a una imaginaria compañía:

—¡Alto, valientes míos! Seguid ocultos hasta que yo os llame.

De pronto, apareció Joe Harper, tan ligeramente vestido y tan formidablemente armado como Tom. Éste gritó:

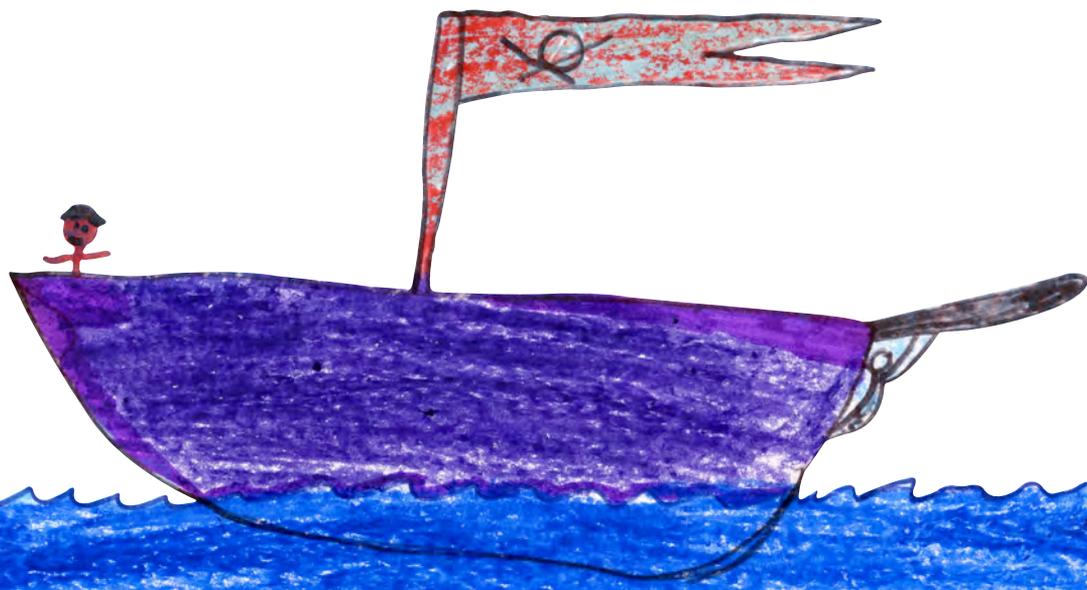
—¡Alto! ¿Quién osa penetrar en la selva de Sherwood sin mi salvoconducto?

—¡Guy de Guisborne no necesita salvoconducto de nadie! ¿Quién sois que, que...

—...que os atrevéis a usar ese lenguaje? —dijo Tom, apuntando, pues ambos hablaban de memoria, por “el libro”.

—¿Yo? ¡Vive Dios! Soy Robin Hood, como vais a saberlo al punto, pícaro redomado, a costa de vuestros despojos.

—¿Sois, entonces, el famoso bandolero? Pues me place disputar con vos los pasos de mi selva. ¡Defendeos!



Sacaron las espadas de palo, echaron por tierra el resto de los bártulos, se pusieron en guardia, un pie delante del otro, y empezaron un grave y metódico combate: “dos estocadas arriba, dos abajo”. Al cabo, Tom exclamó:

—Si sabéis manejar la espada, ¡apresuraos!

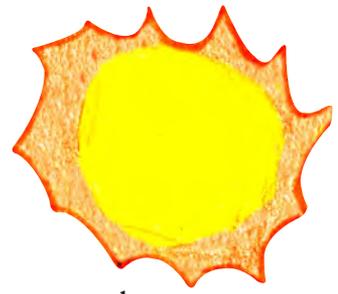
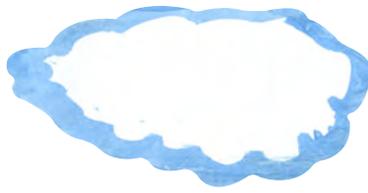
Los dos “se apresuraron”, jadeantes y sudorosos. A poco, Tom gritó:

—¡Cae!, ¡cae! ¿Por qué no te caes?

—¡No me da la gana! ¿Por qué no te caes tú? Tú eres el que va peor.

—Pero eso no tiene nada que ver. Yo no puedo caer. Así no está en el libro. El libro dice: “Entonces, con una estocada por la





espalda mató al pobre Guy de Guisborne”. Tienes que volverte y dejar que te pegue en la espalda.

No era posible resistir a la autoridad y Joe se volvió, recibió el golpe y cayó por tierra.

—Ahora —dijo, levantándose— tienes que dejarme que te mate a ti. Si no, no vale.

—No puedo hacer eso: no está en el libro.

—Bueno, pues es una cochina trampa, eso es.

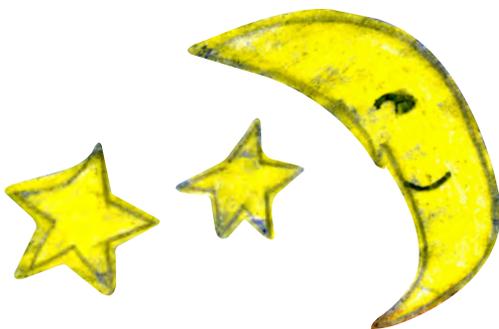
—Pues mira —dijo Tom—, tú puedes ser el lego Tuck, o Much, el hijo del molinero, y romperme una pierna con una estaca; o yo seré el *sheriff* de Nottingham y tú serás un rato Robin Hood, y me matas.

La propuesta era aceptable, y así esas aventuras fueron llevadas a la práctica. Después, Tom volvió a ser Robin Hood, y por obra de la traidora monja que le destapó la herida se desangró hasta la última gota. Y al fin Joe, representando a toda una tribu de bandoleros llorosos, se lo llevó arrastrando, y puso el arco en sus manos exangües, y Tom dijo: “Donde esta flecha caiga, que entierren al pobre Robin Hood bajo un árbol del verde bosque”. Después soltó la flecha y cayó de espaldas, y hubiera muerto, pero cayó sobre unas ortigas, y se irguió de un salto, con harta agilidad para un difunto.

Los chicos se vistieron, ocultaron sus avíos bélicos y se echaron a andar, lamentándose de que ya no hubiera bandoleros y preguntándose qué es lo que nos había dado la moderna civilización para compensarnos de esa pérdida. Convenían los dos en que preferirían ser un año bandidos en la selva de Sherwood que presidentes de los Estados Unidos por toda la vida.



## Reunión en la noche. La nave pirata



Tom se decidió entonces. Estaba desesperado y sombrío. Sentíase abandonado y sin amigos. Se decía que nadie lo quería; pero cuando supieran al extremo a qué lo habían llevado, tal vez lo deplorarían. Había tratado de ser bueno y obrar derechamente, pero no lo dejaban. Puesto que lo único que querían era deshacerse de él, que fuera, sí, aunque luego le reprocharan las consecuencias. ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Qué derecho a quejarse tiene el abandonado? Sí, lo habían forzado al fin; llevaría una vida de crímenes. No le quedaba otro camino.

Para entonces ya se había alejado del pueblo y el tañido de la campana de la escuela, que llamaba a la clase de la tarde, se oyó débilmente, a través de la distancia. Sollozó pensando que ya no volvería a oír aquel toque familiar nunca más. Era muy duro, pero lo habían forzado a hacerlo, y puesto que se le lanzaba a la fuerza en el ancho mundo, tenía que someterse..., pero los perdonaba. Entonces, los sollozos se hicieron más acongojados y frecuentes.

Precisamente en aquel instante se encontró con su amigo del alma, Joe Harper, torva la mirada y, sin duda alguna, alimentando en su corazón alguna grande y tenebrosa resolución. Era evidente que se juntaban allí “dos almas, pero un solo pensamiento”. Tom, limpiándose las lágrimas con la manga, empezó a balbucear algo acerca de una resolución de escapar a los malos tratos y falta de cariño en su casa, lanzándose a errar por el mundo, para nunca volver, y acabó expresando su esperanza de que Joe no lo olvidara.

Pero resultó que ésta era la misma súplica que Joe iba a hacer en aquel momento a Tom. Su madre lo había azotado por haber tomado cierta crema que jamás había entrado en su boca y cuya existencia ignoraba. Claramente se veía que su madre estaba cansada de él y que quería que se fuera; y si ella lo quería así, no le quedaba otro remedio que sucumbir. Lo único que deseaba era que ella fuese feliz y nunca se arrepintiera de haber lanzado a su pobre hijo a un mundo empedernido, para sufrir y morir.

Mientras seguían su paso lamentándose, hicieron un nuevo pacto: ayudarse mutuamente, ser como hermanos y no separarse hasta que la muerte los librase de sus penas. Después empezaron a trazar planes. Joe se inclinaba a ser anacoreta y vivir de mendrugos, en una remota cueva, y morir, con el tiempo, de frío, privaciones y penas; pero después de oír a Tom reconoció que había ventajas notorias en una vida consagrada al crimen y se avino a ser pirata.

Tres millas aguas abajo de San Petersburgo, en un sitio donde el Misisipi tenía más de una milla de ancho, había una isla larga, angosta y cubierta de bosque con un banco de arena poco profundo en la punta más cercana y que parecía excelente para base de operaciones. No estaba habitada y emergía del otro lado del río, frente a una densa selva casi desierta. Eligieron, pues, aquel lugar, que se llamaba Isla de Jackson. Quiénes iban a ser las víctimas de sus piraterías, era un punto en el que no se detuvieron a pensar. Después, se dedicaron a la caza de Huckleberry Finn, el cual se les unió, desde luego, pues todas las profesiones eran iguales para él: era un indiferente. Luego se separaron, conviniendo en volver a reunirse en un paraje solitario, a orillas del río, dos millas más arriba del pueblo; a la hora favorita, esto es, a medianoche. Había allí una peque-



BRAYAN SARMIENTO MOLINA, 11 AÑOS, BIBLIOTECA DE MÉXICO "JOSÉ VASCONCELOS", D.F.



YATZIRI LÓPEZ DE LA TORRE, 8 AÑOS, BIBLIOTECA DE MÉXICO "JOSÉ VASCONCELOS", D.F.



ña balsa de troncos que se proponían apresar. Todos ellos traerían anzuelos, cañas y tantas provisiones como pudieran robar, de un modo tenebroso y secreto, como convenía a gentes fuera de la ley; y aquella misma tarde todos se entregaron al delicioso placer de esparcir la noticia de que muy pronto todo el pueblo iba a oír “algo gordo”. Y a todos los que recibieron esa vaga confidencia se les previno que debían “callarse y aguardar”.

A eso de medianoche llegó Tom con un jamón cocido y otros pocos víveres, y se detuvo en un pequeño acantilado cubierto de espesa vegetación que dominaba el lugar de la cita. El cielo estaba estrellado y la noche tranquila. El anchuroso río susurraba como un océano en calma. Tom escuchó un momento, pero ningún ruido turbaba la quietud. Dio un largo y agudo silbido. Otro silbido se oyó debajo del acantilado. Tom silbó dos veces más, y la señal fue contestada del mismo modo. Después se oyó una voz sigilosa:

—¿Quién vive?

—¡Tom Sawyer el Tenebroso Vengador de la América Española!  
¿Quiénes sois vosotros?

—Huck Finn el Manos Rojas, y Joe Harper el Terror de los Mares. (Tom les había provisto de esos títulos sacados de su literatura favorita.)

—Está bien. Dad la contraseña.

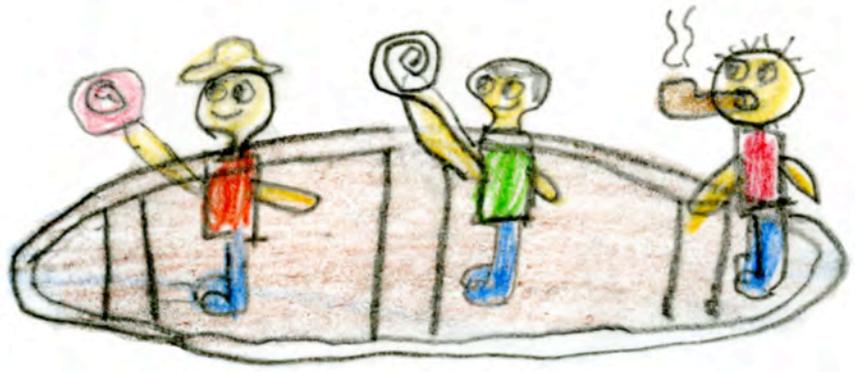
Dos voces broncas y apagadas murmuraron, en el misterio de la noche, la misma palabra espeluznante:

—¡Sangre!

Entonces Tom hizo deslizarse el jamón por el acantilado abajo y siguió él detrás, dejando en la aspereza del camino algo de ropa y de su propia piel. Había una cómoda senda a lo largo de la orilla y bajo el acantilado, pero le faltaba la ventaja de la dificultad y el peligro, tan apreciables para un pirata.

El Terror de los Mares había traído una lonja de tocino y llegó exhausto. Finn el de las Manos Rojas había hurtado una cazuela y buena cantidad de hojas de tabaco a medio curar y había aportado, además, algunas mazorcas para hacer con ellas pipas. Pero ninguno de los piratas fumaba o masticaba tabaco mas que él. El Tenebroso Vengador dijo que no era posible lanzarse a las aventuras sin llevar fuego.

Era una idea previsoras, ya que en aquel tiempo apenas se conocían los fósforos. Vieron el resplandor de una fogata, cien varas río arriba sobre una gran balsa, y fueron sigilosamente hasta allí, apoderándose de un leño encendido. Hicieron de ello una imponente aventura, murmurando “¡chist!” a cada paso y parándose de



repente con un dedo en los labios, llevando las manos a imaginarias empuñaduras de dagas y dando órdenes, en voz temerosa y baja, de “si el enemigo” se movía, hundírselas “hasta los cabos”, porque “los muertos no hablan”. Sabían de sobra que los tripulantes de la balsa estaban en el pueblo abasteciéndose, o de parranda, pero eso no era bastante motivo para que no hicieran la cosa a la manera pirateril.

Poco después desatracaban la balsa, bajo el mando de Tom, con Huck en el remo de popa y Joe en el de proa. Tom iba erguido en el centro de la embarcación, con los brazos cruzados y la frente sombría, y daba órdenes con bronca e imperiosa voz.

- ¡Ceñir la vela al viento!
- ¡Cumplida la orden, señor!
- ¡Firme! ¡Firmees!...
- ¡Firme está, señor!
- ¡Déjala correr un punto!
- ¡Un punto está, señor!





Como los chicos no cesaban de empujar la balsa hacia el centro de la corriente, era cosa entendida que esas órdenes se daban sólo por darle carácter a la aventura y sin que significasen absolutamente nada.

—¿Qué velas lleva?

—Gavias, juanetes y foque.

—¡A todo trapo! ¡Que suban seis de vosotros a las crucetas!  
¡Templa las escotas! ¡Todo a babor! ¡Firme!

—¡Cumplido, señor!

—¡Largad las escotas! ¡Ya, mis bravos!

—¡Sí, mi capitán!

—¡Hurra! ¡Tierra a estribor! Cada uno en su puesto. ¡Listos! ¡Firmes!

—¡Estamos listos, señor!

La balsa traspasó la fuerza de la corriente y los muchachos enfilaron hacia la isla, manteniendo la dirección con los remos. En los tres cuartos de hora siguientes apenas hablaron palabra. La balsa estaba pasando por delante del lejano pueblo. Dos o tres lucecillas parpadeantes señalaban el sitio donde aquél estaba, durmiendo plácidamente, más allá de la vasta extensión de agua tachonada de reflejo de estrellas, sin sospechar el tremendo acontecimiento que se preparaba. El Tenebroso Vengador permanecía aún con los brazos cruzados, dirigiendo una “última mirada”, a la escena de sus pasados placeres y de sus recientes desdichas, y sintiendo que “ella” no pudiera verlo en aquel momento, perdido en el proceloso mar,



ELIA OLMA BARÓN RAMÍREZ, 11 AÑOS, BIBLIOTECA DE MÉXICO 'JOSÉ VASCONCELOS', D.F.

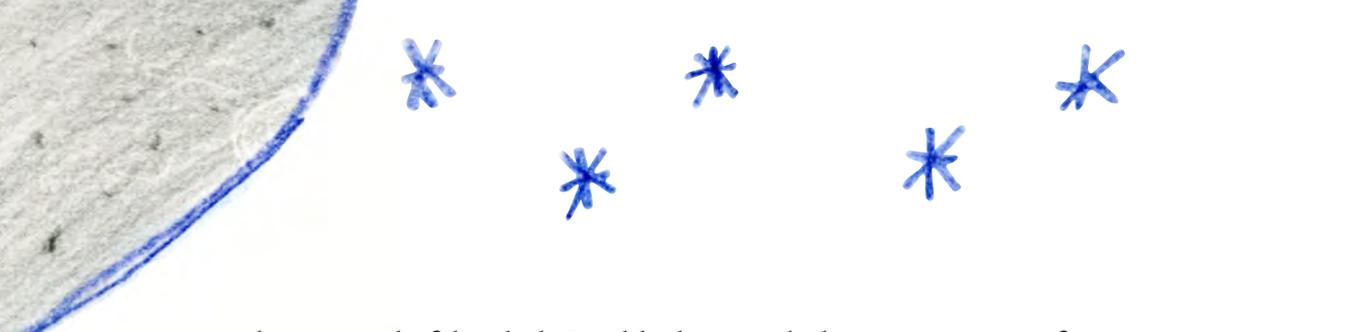


SERGIO ANTONIO AYALA SOLÍS, 9 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.

afrontando el peligro y la muerte con impávido corazón y caminando hacia su perdición con una amarga sonrisa en los labios. Poco le costaba a su imaginación trasladar la Isla de Jackson más allá de la vista del pueblo; así es que lanzó su “última mirada” con ánimo a la vez desesperado y satisfecho. Los otros piratas también estaban dirigiendo “últimas miradas”, y tan largas fueron que estuvieron a punto de dejar que la corriente arrastrase la balsa fuera del rumbo de la isla. Pero notaron el peligro a tiempo y se esforzaron por evitarlo. Hacia las dos de la mañana la embarcación varó en el banco de arena, a doscientas varas de la punta de la isla, y sus tripulantes estuvieron vadeando varias veces la distancia existente entre la balsa y la isla hasta que desembarcaron su cargamento. Entre los pertrechos había una vela decrepita, y la tendieron sobre un cobijo, entre los matorrales, para resguardar las provisiones. Ellos pensaban dormir al aire libre cuando hiciera buen tiempo, como correspondía a gente aventurera.

Hicieron una hoguera al arrimo de un tronco caído a poca distancia de donde comenzaban las densas umbrías del bosque; guisaron tocino en la sartén, para cenar, y gastaron la mitad de la harina de maíz que habían llevado. Parecíales cosa grande estar allí de orgía, sin trabas, en la selva virgen de una isla desierta e inexplorada, lejos de toda humana morada, y aseguraban que no volverían nunca a la civilización. Las llamas se alzaron, iluminando sus caras, y arrojaban su fulgor rojizo sobre las columnatas del templo de árboles del bosque y sobre el coruscante follaje y los festones de las plantas trepadoras.

Cuando desapareció la última sabrosa lonja de tocino y devoraron la ración de harina de maíz, se tendieron sobre la hierba,



rebosantes de felicidad. Fácil hubiera sido buscar sitio más fresco, pero no se querían privar de un detalle tan romántico como la abrasadora fogata del campamento.

—¿No es divertido? —dijo Joe.

—¡Muchísimo! —contestó Tom.

—¿Qué dirían los chicos si nos viesen?

—¿Decir? Se morirían de ganas de estar aquí, ¿eh, Huck?

—Puede que sí —dijo Huckleberry— a mí, al menos, me va bien, no necesito cosa mejor. Casi nunca tengo lo que necesito para comer... y, además, aquí no pueden venir y darle a uno de patadas y no dejarlo en paz.

—Es la vida que a mí me gusta —prosiguió Tom—: no hay que levantarse de la cama temprano, no hay que ir a la escuela, ni lavarse, ni todas esas malditas boberías. Ya ves, Joe, un pirata no tiene nada que hacer cuando está en tierra; pero un anacoreta tiene que rezar una atrocidad y no tiene ni una diversión, porque siempre está solo.

—Es verdad —dijo Joe—, pero no había pensado bastante en ello, ¿sabes? Ahora que he hecho la prueba, prefiero mil veces ser pirata.

—Tal vez —dijo Tom— a la gente no le da mucho por los anacoretas en estos tiempos, como pasaba antes; pero un pirata es siempre respetado. Y los anacoretas, en cambio, tienen que dormir en los sitios más duros que pueden encontrar, y se ponen arpillera y ceniza en la cabeza, y se mojan si llueve, y...

—¿Para qué se ponen arpillera y ceniza en la cabeza? —preguntó Huck.

—No sé. Pero tienen que hacerlo. Los anacoretas siempre hacen eso. Tú tendrías que hacerlo si lo fueras.

—¡Un cuerno haría yo! —dijo Huck.

—Pues ¿qué ibas a hacer?

—No sé; pero eso, no.

—Pues tendrías que hacerlo, Huck. ¿Cómo te ibas a arreglar si no?

—Pues no lo había de aguantar. Me escaparía.

—¿Escaparte? ¡Vaya una porquería de anacoreta que ibas a ser tú! ¡Sería una vergüenza!

Manos Rojas no contestó, por estar en más gustosa ocupación. Había acabado de agujerear una mazorca y, clavando en ella un tallo hueco para servir de boquilla, la llenó de tabaco y apretó un ascua contra la carga, lanzando al aire una nube de humo fragante. Estaba en la cúspide del solaz voluptuoso. Los otros piratas envidiaban aquel vicio majestuoso y resolvieron en su interior adquirirlo en seguida. Huck preguntó:

—¿Qué es lo que tienen que hacer los piratas?





—Pues pasarlo en grande... , apresar barcos y quemarlos, y robar el dinero y enterrarlo en unos sitios espantosos, en su isla; y matar a todos los que van en los barcos... ; les hacen “pasear la tabla”.

—Y se llevan las mujeres a la isla —dijo Joe—; no matan a las mujeres.

—No —asintió Tom—; no las matan: son demasiado nobles. Y las mujeres son siempre preciosísimas, además.

—¡Y no usan harapos! ¡Ca! Todos sus trajes son de plata y oro y diamantes —añadió Joe con entusiasmo.

—¿Quién? —dijo Huck.

—Pues los piratas.

Huck echó un vistazo lastimero a su indumento.

—Me parece que yo no estoy vestido propiamente como un pirata —dijo, con un patético desconsuelo en la voz—; pero no tengo más que esto.

Pero los otros le dijeron que los trajes lujosos lloverían a montones en cuanto empezasen sus aventuras. Le dieron a entender que sus míseros andrajos bastarían para el comienzo, aunque era cos-



tumbre que los piratas opulentos debutasen con un guardarropa adecuado.

Poco a poco fue decayendo la conversación y se iban cerrando los ojos de los solitarios. La pipa se escurrió de entre los dedos de Manos Rojas, quien se quedó dormido con el sueño del que tiene la consciencia ligera y el cuerpo cansado. El Terror de los Mares y el Tenebroso Vengador de la América Española no se durmieron tan fácilmente. Recitaron sus oraciones mentalmente y tumbados, puesto que no había allí nadie que los obligase a decirlas en alta voz y de rodillas; verdad es que estuvieron tentados de no rezar, pero tuvieron miedo de ir tan lejos como todo eso, por si atraían sobre ellos un especial y repentino rayo del cielo. Poco después se cernían sobre el borde mismo del sueño, pero sobrevino un intruso que no los dejó caer en él: la consciencia. Empezaron a sentir un vago temor de que se habían portado muy mal escapando de sus casas; y después se acordaron de los comestibles robados, y entonces comenzaron verdaderas torturas. Trataron de acallarlas recordando a sus consciencias que habían robado antes golosinas y manzanas docenas de veces; pero la consciencia no se apaleaba con tales sutilezas. Les parecía que, con todo, no había medio de saltar sobre el hecho inmovible de que apoderarse de golosinas no era más que “tomar”, mientras que llevarse jamón y tocino y cosas por el estilo era, lisa y llanamente, “robar”; y había contra eso un mandamiento en la Biblia. Por eso resolvieron en su fuero interno que, mientras permaneciesen en el oficio, sus piraterías no volverían a envilecerse con el crimen del robo. Con esto la consciencia les concedió una tregua, y aquellos raros e inconsecuentes piratas se quedaron apaciblemente dormidos.



## El tesoro escondido



Hay un momento en la vida de todo muchacho normal en que siente un devorador deseo de ir a cualquier parte y excavar en busca de algún tesoro escondido. Un día, repentinamente, le entró a Tom ese deseo. Se echó a la calle para buscar a Joe Harper, pero fracasó en su empeño. Después trató de encontrar a Ben Rogers: se había ido de pesca. Entonces se topó con Huck Finn, el de las Manos Rojas. Huck serviría para el caso. Tom se lo llevó a un lugar apartado y le explicó el asunto confidencialmente. Huck estaba dispuesto. Huck estaba siempre dispuesto a echar una mano en cualquier empresa que ofreciese entretenimiento sin exigir capital, pues él tenía una abrumadora superabundancia de esa clase de tiempo que *no* es oro.

—¿Dónde cavaremos?

—¡Oh! En cualquier parte...

—¿Cómo? ¿Los hay por todos lados?

—No, no los hay. Están escondidos en los sitios más raros..., unas veces, en las islas; otras, en cofres carcomidos, debajo del extremo de una rama de un árbol muy viejo, justo donde su sombra cae a medianoche; pero la mayor parte, bajo el piso de las casas encantadas.

—¿Y quién los esconde?

—Pues los bandidos, por supuesto. ¿Quiénes suponías que iban a ser? ¿Superintendentes de escuelas dominicales?

—No sé. Si fuera mío el dinero no lo escondería. Me lo gastaría para pasarlo en grande.

—Lo mismo haría yo; pero a los ladrones no les da por ahí.



Siempre lo esconden y allí lo dejan.

—¿Y no vuelven más a buscarlo?

—No; creen que volverán, pero casi siempre se les olvidan las señales o se mueren. De todos modos, allí se queda mucho tiempo, y se pone herrumbroso; y después alguien encuentra un papel amarillento donde dice cómo se han de encontrar las señales..., un papel que hay que estar descifrando casi una semana porque casi todo son signos y jeroglíficos.

—¿Jero..., qué?

—Jeroglíficos..., dibujos y cosas, ¿sabes?, que parece que no quieren decir nada.

—¿Tienes tú algún papel de éstos, Tom?

—No.

—Pues entonces, ¿cómo vas a encontrar las señales?

—No necesito señales. Siempre lo entierran debajo del piso de casas con duendes, o en una isla, o debajo de un árbol seco que tenga una rama que sobresalga. Bueno; pues ya que hemos rebuscado un poco por la isla de Jackson, podemos hacer la prueba otra vez; y ahí tenemos aquella casa vieja encantada junto al arroyo de la destilería, y la mar de árboles con ramas secas..., ¡montones de ellos!

—¿Y hay tesoros debajo de todos?

—¡Qué tonterías dices! No.

—Pues entonces, ¿cómo saber a cuál debes ir?

—Pues a todos ellos.

—Pero ¡eso lleva todo el verano!

—Bueno, ¿y qué más da? Supón que te encuentras un caldero de cobre con cien dólares dentro, todos enmohecidos, o un arca podrida llena de diamantes. ¿Y entonces?

A Huck le relampaguearon los ojos.

—¡Sería estupendo!, ¡de primera! Que me den los cien dólares y no necesito diamantes.

—Muy bien. Pero ten por cierto que yo no voy a tirar los diamantes. Los hay que valen hasta veinte dólares cada uno? Escasamente habrá alguno que no valga cerca de un dólar.

—¡No! ¿Es de veras?

—Ya lo creo; cualquiera te lo puede decir. ¿Nunca has visto alguno, Huck?

—No, que yo me acuerde.

—Los reyes los tienen a montones.

—Bueno, pero yo no conozco a ningún rey, Tom.

—Me figuro que no. Pero si tú fueras a Europa verías manadas de ellos saltando por todas partes.



—¿De veras saltan?

—¿Saltar? ¡Qué idiota! ¡No!

—Y entonces, ¿por qué lo dices?

—Quiero decir que los verías... sin saltar, por supuesto. ¿Para qué necesitaban saltar? Lo que quiero que comprendas es que los verías esparcidos por todas partes, ¿sabes?, como si no fuera cosa especial. Como aquel Ricardo, el de la joroba.

—Ricardo... ¿Cómo era su apellido?

—No tenía más nombre que ése. Los reyes no tienen más que el nombre de pila.

—¿No?

—No lo tienen.

—Pues, mira, si eso les gusta, Tom, está bien; pero yo no quiero ser un rey y tener nada más que el nombre de pila, como si fuera un negro. Pero, dime, ¿dónde vamos a cavar primero?

—Pues no lo sé. Suponte que nos enredamos primero con aquel árbol viejo que hay en la colina al otro lado del arroyo de la destilería.





—Conforme.

Así, pues, se agenciaron un pico inválido y una pala y emprendieron su primera caminata de tres millas. Llegaron sudorosos y jadeantes, y se tumbaron a la sombra de un olmo vecino, para descansar y fumar una pipa.

—Esto me gusta —dijo Tom.

—Y a mí también.

—Dime, Huck, si encontramos un tesoro aquí, ¿qué vas a hacer con lo que te toque?

—Pues comer pasteles todos los días y beberme un vaso de gaseosa y, además, ir a todos los circos que pasen por aquí. Te aseguro que me divertiría muchísimo.

—Bien. ¿Y no vas a ahorrar algo?

—¿Ahorrar? ¿Para qué?

—Pues para tener con qué vivir.

—¡Bah! Eso no sirve de nada. Papá volvería al pueblo el mejor día y le echaría las uñas, si yo no anduviera listo, y ya verías lo que tardaba en liquidarlo. ¿Qué vas a hacer tú con lo tuyo, Tom?

—Me voy a comprar otro tambor, una espada de verdad, una corbata colorada, un cachorro bulldog y voy a casarme.

—¡Casarte!

—Eso es.

—Tom, tú..., tú has perdido la cabeza.

—Espera y verás.

—Pues es la cosa más tonta que puedes hacer, Tom. Mira a papá y a mi madre. ¡Pelearse! ¡Nunca hacían otra cosa! Me acuerdo muy bien.

—Eso no quiere decir nada. La novia con quien voy a casarme no es de las que se pelean.

—Tom, a mí me parece que todas son iguales. Todas le tratan a uno a patadas. Más vale que lo pienses antes. Es lo mejor que puedes hacer. ¿Y cómo se llama la chica?

—No es una chica..., es una niña.

—Es lo mismo, se me figura. Unos dicen chica, otros dicen niña..., y todos puede que tengan razón. Pero ¿cómo se llama?

—Ya te lo diré más adelante; ahora no.

—Bueno, pues déjalo. Lo único que hay es que si te casas me voy a quedar más solo que nunca.

—No, no te quedarás; te vendrás a vivir conmigo. Ahora, a levantarnos y vamos a cavar.

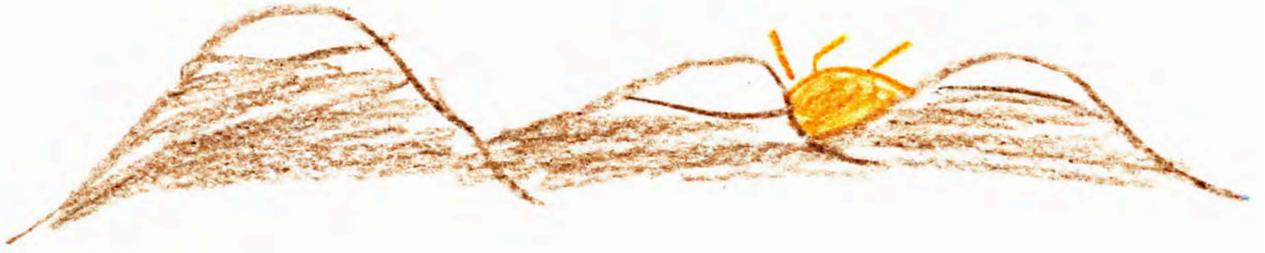
Trabajaron y sudaron durante media hora. Ningún resultado. Siguieron trabajando media hora más. Sin resultado alguno. Huck dijo:

—¿Lo entierran siempre así de hondo?

—A veces, pero no siempre. Generalmente, no. Me parece que no hemos acertado con el sitio.

Escogieron otro lugar y empezaron de nuevo. Trabajaban con menos brío, pero la obra progresaba. Cavaron largo rato en silencio. Al fin Huck se apoyó en la pala, se enjugó el sudor de la frente con la manga y dijo:





—¿Dónde vas a cavar primero después que hayamos sacado éste?

—Puede que la emprendamos con el árbol que está allá lejos en el monte de Cardiff, detrás de la casa de la viuda.

—Me parece que ése debe de ser de los buenos. Pero ¿no nos lo quitará la viuda, Tom? Está en su terreno.

—¡Quitárnoslo ella! Puede ser que quisiera hacer la prueba. Los tesoros escondidos son de quien los encuentra. No importa de quién sea el terreno.

Aquello era tranquilizador. Prosiguieron el trabajo. Al cabo de un rato, Huck dijo:

—¡Maldita sea! Debemos estar otra vez en mal sitio. ¿Qué te parece?

—Es de lo más raro, Huck. No lo entiendo. Algunas veces intervienen brujas. Tal vez sea eso lo que pasa ahora.

—¡Bah! Las brujas no tienen poder cuando es de día.

—Sí, es verdad. No había pensado en ello. ¡Ah, ya sé en qué consiste! ¡Qué idiotas somos! Hay que saber dónde cae la sombra de la rama a medianoche, ¡y allí es donde hay que cavar!

—¡Maldita sea! Hemos desperdiciado todo este trabajo para nada. Pues ahora no tenemos más remedio que venir de noche, y esto está muy lejos. ¿Puedes salir?

—Saldré. Tenemos que hacerlo esta noche, porque si alguien ve estos hoyos en seguida sabrá lo que hay aquí y vendrá por él.

—Bueno; yo iré por tu casa y maullaré.



—Convenido; vamos a esconder las herramientas entre las matas.

Los chicos estuvieron allí a la hora convenida. Se sentaron a esperar, en la oscuridad. Era un paraje solitario y una hora que la tradición había hecho solemne. Los espíritus cuchicheaban en las inquietas hojas, los fantasmas acechaban en los rincones lóbregos, el ronco aullido de un perro se oía a lo lejos y una lechuza le contestaba con su graznido sepulcral. Los dos estaban intimidados por aquella solemnidad y hablaban poco. Cuando juzgaron que serían las doce, señalaron dónde caía la sombra trazada por la luna y empezaron a cavar. Las esperanzas eran cada vez mayores; el interés se acrecentaba y su laboriosidad guardaba relación con ambas. El hoyo se hacía más y más profundo; pero cada vez que les daba el corazón un vuelco al sentir que el pico tropezaba en algo, sufrían un nuevo desengaño: no era sino una piedra o una raíz.

—Es inútil —dijo Tom al fin—. Huck, nos hemos equivocado otra vez.

—Pues no podemos equivocarnos. Señalamos la sombra justo donde estaba.

—Ya lo sé, pero hay otra cosa.

—¿Cuál?

—Que no hicimos más que calcular la hora. Puede que fuera demasiado temprano o demasiado tarde.

Huck dejó caer la pala.

—¡Eso es! —dijo—. Ahí está el inconveniente. Tenemos que desistir de buscar en este lugar. Nunca podremos saber el momento justo y, además, es cosa de mucho miedo a esta hora de la noche,

con brujas y aparecidos rondando por ahí de esa manera. Todo el tiempo me está pareciendo que tengo alguien detrás de mí, y no me atrevo a volver la cabeza porque puede ser que haya otro delante, aguardando la oportunidad. He estado temblando desde que llegamos.

—También a mí me pasa lo mismo, Huck. Casi siempre meten dentro un difunto cuando entierran un tesoro debajo de un árbol, para que lo cuide.

—¡Cristo!

—Sí que lo hacen. Siempre lo oí decir.

—Tom, a mí no me gusta andar haciendo tonterías donde hay muertos. Aunque uno no quiera, se mete en enredos con ellos; tenlo por seguro.



—A mí tampoco me gusta molestarlos. Figúrate que hubiera aquí uno y sacase la calavera y nos dijera algo.

—¡Cállate, Tom! ¡Es terrible!

—Sí que lo es. Yo no estoy nada tranquilo.

—Oye, Tom, vamos a dejar esto y a probar en cualquier otro sitio.

—Muy bien. Será mejor.

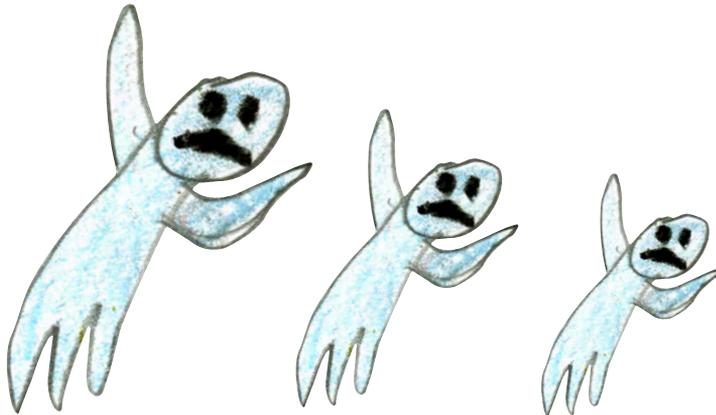
—¿En cuál?

Tom reflexionó un momento y luego dijo:

—En la casa encantada. Eso es.

—¡Demonio! No me gustan las casas con duendes. Son cien veces peores que los difuntos. Los muertos puede ser que hablen, pero no se aparecen por detrás con un sudario, cuando está uno descuidado, y de pronto sacan la cabeza por encima del hombro de uno y rechinan los dientes como los fantasmas saben hacerlo. Yo no puedo aguantar eso, Tom; ni nadie podría.

—Sí, pero los fantasmas no andan por ahí más que de noche; no nos han de impedir que cavemos allí durante el día.





—Está bien. Pero tú sabes de sobra que la gente no se acerca a la casa encantada ni de noche ni de día.

—Eso es, más que nada, porque no les gusta ir donde han matado a uno. Pero nunca se ha visto a nadie de noche rondando aquella casa; sólo alguna luz azul sale por la ventana, pero no fantasmas de los corrientes.

—Bueno, pues si tú ves una de esas luces azules que anda de aquí para allá, puedes apostar a que hay un fantasma justamente detrás de ella. Eso, la razón misma lo dice, porque tú sabes que nadie más que los fantasmas las usan.

—Claro que sí. De todos modos, no se aparecen de día y ¿para qué vamos a tener miedo?

—Pues la emprenderemos con la casa encantada si tú lo dices; pero me parece que corremos peligro.

Para entonces ya habían comenzado a bajar la cuesta. Allá abajo, en medio del valle iluminado por la luna, estaba la casa encantada, completamente aislada, desaparecidas las cercas que la rodeaban de mucho tiempo atrás, con las puertas casi obstruidas por la bravía vegetación, la chimenea en ruinas, hundida una esquina del tejado. Los muchachos se quedaron mirándola, casi con el temor de ver pasar una luz azulada por detrás de la ventana. Después, hablando en voz queda, como convenía a la hora y a las circunstancias, echaron a andar, desviándose hacia la derecha para dejar la casa a respetuosa distancia, y se dirigieron al pueblo, cortando a través de los bosques que embellecían el otro lado del monte de Cardiff.



## La casa encantada y la caja de oro

Al día siguiente, cerca del mediodía, los muchachos llegaron hasta el lugar donde estaba el árbol seco. Iban en busca de sus herramientas. Tom sentía gran impaciencia por ir a la casa encantada; Huck también la sentía, aunque en grado prudencial, pero de pronto dijo:

—Oye, Tom, ¿sabes qué día es hoy?

Tom repasó mentalmente los días de la semana y levantó de pronto sus ojos, que reflejaban verdadera alarma.

—¡Demonio! No se me había ocurrido pensar en eso.

—Tampoco a mí; pero de repente me acordé de que hoy es viernes.

—¡Qué fastidio! Todo cuidado es poco, Huck. Tal vez, nos veríamos metidos en un lío terrible, haciendo semejante cosa en día viernes.

—¿Tal vez? ¡Seguro que sí! Puede ser que haya días de buena suerte, pero ¡los viernes no lo son!

—¡Eso cualquier tonto lo sabe! No creo que seas tú el primero en descubrirlo.

—¿Acaso he dicho yo que lo fuera? Y no es lo del viernes solamente; anoche tuve un sueño malísimo. Soñé con ratas.

—¡No! Señal de dificultades. ¿Se peleaban?

—No.

—Eso es bueno, Huck. Cuando no pelean es sólo señal de que habrá dificultades. No hay más que estar alerta y librarse de ellas. Dejemos esto por hoy, y juguemos. ¿Conoces la historia de Robin Hood?

—No. ¿Quién es Robin Hood?



—Pues fue uno de los más grandes hombres que hubo en Inglaterra... y el mejor. Era un bandido.

—¡Qué lindo! ¡Ojalá lo fuera yo! ¿A quién asaltaba?

—Únicamente a los *sheriffs*, a los ricos, reyes y gente así. Nunca molestó a los pobres. Los quería mucho. Siempre dividía con ellos, hasta el último centavo.

—Debió ser un tipo muy simpático.

—Ya lo creo. Era la persona más noble que haya existido. Te aseguro que ya no quedan hombres como él. Podía vencer a cualquier hombre de Inglaterra con una mano atada atrás; y con su arco de tejo atravesaba en cualquier momento una moneda de diez centavos a milla y media de distancia.

—¿Qué es un arco de *tejo*?

—No lo sé. Es una clase de arco, por supuesto. ¿Y si tocaba a la moneda nada más que en el borde, se tiraba al suelo, lloraba y maldecía. Jugaremos a Robin Hood; es muy divertido. Yo te enseñaré.

—Conforme.

Jugaron, pues, a Robin Hood toda la tarde, echando de vez en cuando una ansiosa mirada a la casa de los duendes y hablando de sus proyectos para el día siguiente y de lo que allí podría ocurrirles. Al ponerse el sol emprendieron el regreso al hogar, a través de las largas sombras de los árboles, y pronto desaparecieron bajo las frondosidades del monte de Cardiff.

El sábado, poco después del mediodía, estaban otra vez junto al árbol seco; fumaron una pipa, charlando a la sombra, y después cavaron un poco en el último hoyo sin muchas esperanzas y tan sólo porque Tom dijo que conocía muchos casos de gente que había perdido un tesoro cuando ya estaban a dos dedos de él; y después otro había pasado por allí y lo había sacado con un solo golpe de pala. La cosa falló esta vez, sin embargo; así es que los muchachos se echaron al hombro las herramientas y se fueron, con la convicción de que no habían bromeado con la suerte, sino que habían cumplido todos los requisitos y ordenanzas propios del oficio de buscadores de tesoros.

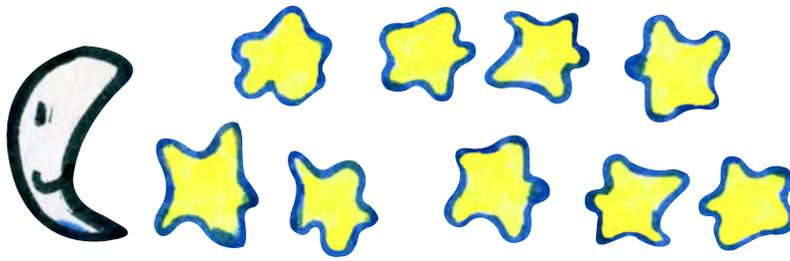
Cuando llegaron a la casa encantada, había algo tan misterioso y terrible en el silencio de muerte que allí reinaba bajo el ardiente sol, y algo tan deprimente en la soledad y desolación de aquel lugar, que por un instante tuvieron miedo de aventurarse dentro. Después, se deslizaron hasta la puerta y atisbaron, temblando, el interior. Vieron una habitación con los muros sin revocar en cuyo piso, sin pa-



vimiento, crecía la hierba; una vieja chimenea destrozada, las ventanas sin herrajes y una escalera ruinoso; y aquí y allá y en todas partes telas de arañas colgantes y desgarradas. Entraron sin ruido, hablando en voz baja, alerta el oído para captar el más leve ruido y con los músculos tensos y preparados para una retirada instantánea.

A poco, la familiaridad aminoró sus temores y pudieron examinar minuciosamente el lugar en que se encontraban, sorprendidos y admirados de su audacia. En seguida quisieron echar una mirada al piso de arriba. Subir era cortarse la retirada, pero lograron animarse el uno al otro y eso no podía tener más que un resultado: tiraron las herramientas en un rincón y subieron. Arriba había las mismas señales de abandono y ruina. En un rincón encontraron una alacena que prometía misterio; pero la promesa fue un fraude: nada había allí. Renació su coraje, y se disponían a bajar para comenzar el trabajo cuando...





—¡Chist! —dijo Tom.

—¿Qué es? —murmuró en voz baja Huck, palideciendo de miedo.

—¡Chist! ¡Allí! ¿Oyes?

—¡Sí! ¡Ay, Dios mío! ¡Corramos!

—Huck, no te muevas. Vienen derecho hacia la puerta.

Se tendieron en el suelo, con los ojos pegados a los agujeros de las tablas, y esperaron en una agonía de espanto.

—Se han parado. No, vienen... Ahí están. No hables, Huck. ¡Dios, quién se viera lejos!

Dos hombres entraron. Cada uno de los chicos se dijo a sí mismo:

—Ahí está el viejo español sordomudo que ha andado una o dos veces por el pueblo últimamente; al otro no lo he visto nunca.

“El otro” era un ser haraposo y sucio cuya fisonomía no era nada agradable. El español estaba envuelto en un capote de monte, tenía espesas barbas blancas; largas greñas, blancas también, le salían por debajo del ancho sombrero y llevaba anteojos verdes. Cuando entraron, “el otro” iba hablando en voz baja. Se sentaron en el suelo, de cara a la puerta y de espaldas al muro, y el que llevaba la palabra continuó con sus observaciones. Poco a poco sus ademanes se hicieron menos cautelosos y más claras sus palabras a medida que avanzaban en la conversación.

—No —dijo—. Lo he pensado bien y no me gusta. Es peligroso.

—¡Peligroso! —gruñó el español “sordomudo”, con gran sorpresa de los muchachos—. ¡Gallina!

Esta voz produjo en los muchachos un estremecimiento de terror. ¡Era Joe el Indio! Hubo un largo silencio; después, Joe dijo:

—No es más peligroso que el golpe de allá arriba, y, sin embargo, nada nos pasó.

—Eso es diferente. Tan lejos, río arriba y sin ninguna otra casa cerca. Nunca se sabrá que lo hemos intentado y que no tuvimos éxito.

—Bueno; ¿y qué es más peligroso que venir aquí de día? Cualquiera que nos viese sospecharía.

—Ya lo sé. Pero no había ningún otro lugar tan a mano después de aquella empresa idiota. Yo quiero irme de esta casucha. Quise hacerla ayer, pero no encontré la manera de escabullirme de aquí, con aquellos chiquillos endemoniados, jugando allí en lo alto de la colina y mirando hacia aquí.

Los “chiquillos endemoniados” se estremecieron de nuevo al oír esto y pensaron en la suerte que habían tenido el día antes al acordarse de que era viernes y dejarlo para el día siguiente.

Íntimamente desearon haber decidido esperar un año. Los dos hombres sacaron algo de comer y almorzaron. Después de una larga y silenciosa meditación, Joe el Indio dijo:

—Oye, muchacho: tú te vuelves río arriba a tu tierra. Esperas allí hasta que tengas noticias mías. Yo voy a arriesgarme a caer por el pueblo, nada más que otra vez, para echar una mirada. Daremos el golpe “peligroso” después que yo haya explorado un poco y vea que las cosas se presentan bien. Después, ¡a Texas! Haremos el camino juntos.

Aquello parecía satisfactorio. Después los dos empezaron a bostezar, y Joe dijo:

—Estoy muerto de sueño. A ti te toca vigilar.

Joe el Indio acurrucose entre las hierbas y a poco empezó a roncar. Su compañero lo zamarreó para que guardase silencio y Joe dejó de roncar. Después el centinela comenzó a cabecear, bajando la cabeza cada vez más, y a poco rato los dos hombres roncaban.

Los muchachos respiraron, satisfechos.

—¡Ahora es la nuestra! —murmuró Tom—. ¡Vámonos!

—No puedo —respondió Huck—. Me moriría si se despertasen.

Tom lo apremió, pero Huck se resistía. Al fin, Tom se levantó, lentamente y con gran cuidado, y echó a andar solo. Pero al primer paso arrancó tal crujido al desvencijado pavimento, que volvió a tenderse en el suelo, anonadado de espanto. No osó repetir el intento. Los chicos se quedaron contando los momentos interminables, hasta parecerles que el tiempo ya no corría y que la eternidad iba envejeciendo; y después notaron con júbilo que al fin se estaba poniendo el sol.





En aquel momento cesó uno de los ronquidos. Joe el Indio se sentó, miró alrededor y dirigió una aviesa sonrisa a su camarada, el cual tenía colgando la cabeza entre las rodillas. Lo empujó con el pie, diciéndole:

—¡Eh! ¿Tú eras el centinela? Pero no importa; nada ha ocurrido.

—¡Diablo! ¿Me he dormido?

—Un poco. Ya es tiempo de ponerse en marcha, compadre. ¿Qué vamos a hacer con lo que nos queda del robo?

—No sé qué te diga...; me parece que dejarlo aquí, como siempre hemos hecho. De nada sirve que nos lo llevemos hasta que salgamos hacia el Sur. Seiscientos cincuenta dólares en plata pesan un poco para llevarlos.

—Bueno; está bien..., volveremos una vez más aquí.

—Yo diría que viniésemos de noche, como hacíamos antes. Es mejor.

—Sí, pero puede pasar mucho tiempo antes de que se presente una buena ocasión para ese trabajo; pueden ocurrir accidentes, porque el sitio no es muy bueno. Vamos a enterrarlo de verdad y a enterrarlo hondo.

—¡Buena idea! —dijo el compinche; y atravesando la habitación de rodillas, levantó una de las losas del fogón y sacó una talega que tintineaba gratamente. Extrajo de él veinte o treinta dólares para sí y otros tantos para Joe, y entregó la talega a este último, que estaba arrodillado en un rincón, haciendo un agujero en el suelo con su cuchillo de monte.

En un instante los muchachos olvidaron todos sus terrores y angustias. Con ávidos ojos seguían hasta los menores movimientos. ¡Qué suerte! ¡Aquello era magnífico, sobrepasaba toda imaginación! Seiscientos dólares era dinero sobrado para hacer ricos a



media docena de chicos. Aquello era la caza de tesoros bajo los mejores auspicios: ya no habría fastidiosas incertidumbres sobre el lugar donde había que cavar. Se hacían guiñas e indicaciones con la cabeza, elocuentes signos fáciles de interpretar porque no significaban más que esto: “Dime, ¿no estás contento de estar aquí?”

El cuchillo de Joe chocó con algo.

—¡Hola! —dijo aquél.

—¿Qué es eso? —preguntó su compañero.

—Una tabla medio podrida... No; es una caja. Echa una mano y veremos para qué está aquí. No hace falta; le he hecho un boquete.

Metió por él la mano y la sacó en seguida.

—¡Hombre! ¡Es dineral!

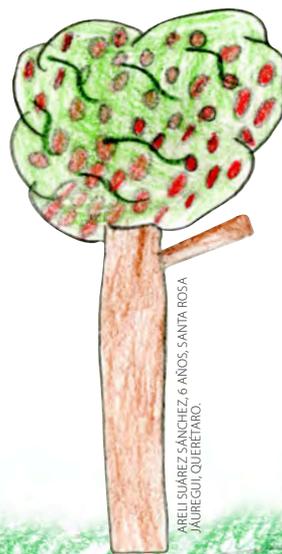
Ambos examinaron el puñado de monedas. Eran de oro. Tan sobreexcitados como ellos estaban los dos rapaces allá arriba, y no menos contentos.

El compañero de Joe dijo:

—Esto lo arreglaremos a escape. Ahí hay un pico viejo entre la maleza, en el rincón, al otro lado de la chimenea. Acabo de verlo.



AGRIARIOVECA, 9 AÑOS,  
DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.



ARELI SUÁREZ SÁNCHEZ, 6 AÑOS, SANTA ROSA  
JAUREGUI, QUÉRETARO.

Fue corriendo y volvió con el pico y la pala de los muchachos. Joe el Indio tomó el pico, lo examinó minuciosamente, sacudió la cabeza, murmuró algo entre dientes y comenzó a usarlo.

La caja fue pronto desenterrada. No era muy grande, estaba reforzada con herrajes y debió haber sido muy fuerte antes de que el lento pasar de los años la averiase. Los dos hombres contemplaron el tesoro en silencioso arrobamiento.

—Compadre, ¡aquí hay miles de dólares! —exclamó Joe el Indio.

—Siempre se dijo que los de la cuadrilla de Murrel anduvieron por aquí un verano —observó el desconocido.

—Ya lo sé —dijo Joe—, y esto parece ser cosa de ellos.

—Ahora ya no necesitarás hacer aquel trabajo.

El mestizo frunció el ceño.

—Tú no me conoces —dijo—. Por lo menos no sabes nada del caso. No se trata sólo de un robo: es una venganza —y un maligno fulgor brilló en sus ojos—. Necesitaré que me ayudes. Cuando eso esté hecho... entonces, a Texas. Vete a tu casa con Nancy y tus chicos, y quédate allí hasta que yo te avise.



—Bueno, si tú lo dices. ¿Qué haremos con esto? ¿Volverlo a enterrar?

—Sí. (Gran júbilo en el piso de arriba). ¡No, de ningún modo! ¡No! (Profundo desencanto en lo alto). Casi me había olvidado. Ese pico tiene pegada tierra fresca. (Terror en los muchachos). ¿Qué hacían allí esa pala y ese pico? ¿Quién los trajo aquí... y dónde se ha ido el que los trajo? ¿Qué significa esa tierra fresca sobre ellos? ¿Has oído a alguien? ¿Viste a alguna persona? ¡Quiá! ¿Enterrarlo aquí y que vuelvan y vean el piso removido? ¡De ninguna manera! Lo llevaremos a mi escondrijo.

—¡Claro que sí! Podíamos haberlo pensado antes. ¿Al número uno?

—No, al número dos, debajo de la cruz. El otro sitio no es bueno..., demasiado conocido.

—Muy bien. Ya está casi bastante oscuro para irnos.

Joe el Indio se levantó y fue de ventana en ventana atisbando cuidadosamente. Después dijo:

—¿Quién podrá haber traído aquí esas herramientas? ¿Te parece que pueden estar arriba?

Los muchachos se quedaron sin aliento. Joe el Indio puso la mano sobre el cuchillo, se detuvo un momento, indeciso, y después dio media vuelta dirigiéndose a la escalera. Los chicos se acordaron de la alacena, pero estaban sin fuerzas, desfallecidos. La escalera crujía cada vez más... La insufrible angustia de la situación despertó sus muertas energías, y estaban ya a punto de lanzarse hacia el armario cuando se oyó un estrépito producido por el derrumbamiento de maderas podridas, y Joe el Indio se desplomó, entre los escombros de la ruinosa escalera. Se incorporó, maldiciendo y su compañero le dijo:





—¿De qué sirve todo eso? Si hay alguien y está allá arriba, que siga ahí, ¿qué nos importa? Si quiere bajar y buscar camorra ¿quién se lo impide? Dentro de quince minutos es de noche..., que nos sigan si lo desean. ¡Ojalá! Pienso yo que quienquiera sea el que trajo estas cosas aquí, nos vio y nos tomó por fantasmas o demonios, o algo por el estilo. Apuesto a que aún está corriendo.

Joe refunfuñó un rato, después convino con su amigo en que lo poco que todavía quedaba de claridad debía ser aprovechado en



preparar las cosas para la marcha. Poco después se deslizaron fuera de la casa, en la oscuridad cada vez más densa del crepúsculo, y se encaminaron hacia el río con su preciosa caja.

Tom y Huck se levantaron desfallecidos, pero grandemente tranquilizados, y los siguieron con la vista a través de las hendiduras entre los troncos que formaban el muro. ¿Seguirlos? No estaban para ello. Se contentaron con descender otra vez a tierra firme, sin romperse el cuello, y tomaron la senda que llevaba al pueblo por encima del monte. Hablaron poco; estaban harto ocupados en aborrecerse a sí mismos, en maldecir la mala suerte que les había hecho llevar allí el pico y la pala. Si no hubiera sido por eso, Joe jamás hubiera sospechado. Allí habría escondido el oro y la plata hasta que, satisfecha su “venganza”, volviera a recogerlos, y entonces hubiera sufrido el desencanto de encontrarse con que el dinero había desaparecido. ¡Qué mala suerte haber dejado allí las herramientas!

Resolvieron estar en acecho para cuando el español volviera al pueblo buscando la ocasión para realizar sus propósitos de venganza, y seguirlo hasta el “número dos”, dondequiera éste estuviese. Después se le ocurrió a Tom una siniestra idea:

—¿Venganza? —dijo—. ¿Y si fuera contra nosotros, Huck?

—¡No digas eso! —exclamó Huck, a punto de desmayarse.

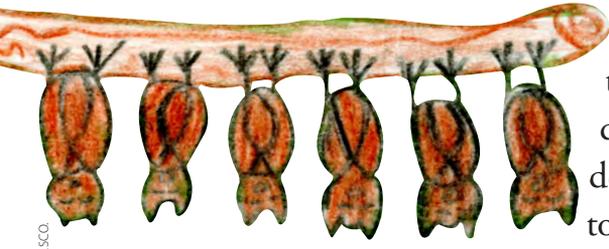
Discutieron el asunto, y cuando llegaron al pueblo se habían puesto de acuerdo en creer que Joe pudiera referirse a algún otro, o al menos que sólo se refería a Tom, puesto que él era el único que había declarado.

¡Muy pequeño consuelo era para Tom verse solo en el peligro! “Estar en compañía —pensó— hubiera sido un alivio apreciable”.



## La búsqueda. Encontrados por Joe el Indio. Abandonados a su suerte

Volvamos ahora a las aventuras de Tom y Becky durante la excursión. Corretearon por los lóbregos subterráneos con los demás excursionistas, visitando las consabidas maravillas de la caverna, maravillas condecoradas con nombres tan pomposos como El Salón, La Catedral, El Palacio de Aladino y otros por el estilo. Después empezó el juego y algazara del escondite, y Becky y Tom tomaron parte en él con tal ardor, que no tardaron en sentirse fatigados; se internaron entonces por un sinuoso pasadizo, alzando en alto las velas para leer la enmarañada confusión de nombres, fechas, direcciones y lemas, dibujados en los rocosos muros con el humo de las velas. Siguieron adelante, charlando, y apenas se dieron cuenta de que estaban ya en una parte de la cueva cuyos muros permanecían inmaculados. Escribieron sus propios nombres bajo una roca que sobresalía horizontalmente y prosiguieron su marcha. Poco después llegaron al lugar donde una diminuta corriente de agua, impregnada de un sedimento calcáreo, caía desde una laja y en el lento pasar de las edades había formado un pequeño Niágara con encajes y rizos de brillante e imperecedera piedra. Tom deslizó su cuerpo menudo por detrás de la pétrea cascada para que Becky pudiera verla iluminada. Vio que ocultaba una especie de empinada escalera natural encerrada en la estrechez de dos muros, y al punto se apoderó de él la ambición de ser un descubridor. Becky respondió a su requerimiento. Hicieron una marca con el humo, para que les sirviese más tarde de guía, y emprendieron el avance. Fueron



torciendo a derecha e izquierda, hundiéndose en las ignoradas profundidades de la caverna; hicieron otra señal, y tomaron por una ruta lateral en busca de novedades para poder contar a los de allá arriba. En sus exploraciones dieron con una gruta de cuyo techo pendían multitud de brillantes estalactitas de longitud y circunferencia semejantes a una pierna humana. Dieron la vuelta a toda la cavidad, sorprendidos y admirados, y luego siguieron por uno de los numerosos túneles que allí desembocaban. Así fueron a parar a un maravilloso manantial, cuyo cauce estaba incrustado con una escarcha de fulgurantes cristales. Se hallaba en una caverna cuyo techo parecía sostenido por muchos y fantásticos pilares, formados al unirse las estalactitas con las estalagmitas, obra del incesante goteo durante siglos y siglos. Bajo el techo, grandes cantidades de murciélagos se habían agrupado por miles en cada racimo. Asustados por el resplandor de las velas, bajaron en grandes bandadas, chillando y precipitándose contra las luces. Tom sabía sus costumbres y el peligro que en ello había. Tomó a Becky por la mano y tiró de ella hacia la primera abertura que encontró; y no fue demasiado rápido, pues un murciélago apagó de un aletazo la vela que llevaba en la mano, en el momento de salir de la caverna. Los murciélagos persiguieron a los niños un gran trecho; pero los fugitivos se metían en cada nuevo pasadizo que encontraban, hasta que al fin se vieron libres de la persecución. Tom encontró poco después un lago subterráneo que extendía su indecisa superficie a lo lejos, hasta desvanecerse en la oscuridad. Quería explorar sus orillas, pero pensó que sería mejor sentarse y descansar un rato antes de emprender la exploración.

Y fue entonces cuando, por primera vez, la profunda quietud de aquel lugar pesó como una mano húmeda y fría sobre el espíritu de los dos niños.

—No me he dado cuenta —dijo Becky—; pero me parece que hace tanto tiempo que ya no oímos a los demás...

—Yo creo, Becky, que estamos mucho más abajo que ellos, y no sé si muy lejos al norte, sur, este o lo que sea. Desde aquí no podemos oírlos.

Becky mostró cierta inquietud.

—¿Cuánto tiempo habremos estado aquí, Tom? Más vale que regresemos.

—Sí, será mejor. Puede que sea lo mejor.



—¿Sabrás el camino, Tom? Para mí no es más que un laberinto intrincadísimo.

—Creo que daré con él; pero lo malo son los murciélagos.

Si nos apagasen las dos velas nos veríamos en un apuro grande. Vamos a ver si podemos ir por otra parte, sin pasar por allí.

—Bueno; pero espero que no nos perderemos. ¡Sería horrible! —y la niña se estremeció ante la horrenda posibilidad.

Echaron a andar por una galería y caminaron largo rato en silencio, mirando cada nueva abertura para ver si encontraban algo que les fuera familiar en su aspecto. Cada vez que Tom examinaba el camino, Becky no apartaba los ojos de su cara, buscando algún signo tranquilizador, y él decía alegremente:

—¡Oh! No hay que preocuparse. Esta no es, pero ya daremos con otra en seguida.

Pero iba sintiéndose cada vez menos esperanzado y empezó a meterse por las opuestas galerías, completamente al azar, con la vana esperanza de dar con la que buscaba.

Aún seguía diciendo: “¡No hay que preocuparse!”, pero el miedo le oprimía de tal modo el corazón, que las palabras habían perdido su tono alentador y sonaban como si dijera: “¡Todo está perdido!”. Becky se aferraba a él, terriblemente angustiada y luchando por contener las lágrimas, sin conseguirlo.

—¡Tom! —dijo al fin—. No importan los murciélagos. Volvamos por donde hemos venido. Parece que cada vez estamos más extraviados.

Tom se detuvo.

—¡Escucha! —dijo.

Silencio absoluto; silencio tan profundo que hasta el rumor de sus respiraciones se escuchaba claramente en aquella quietud. Tom



JOSÉ DANIEL PICHARDO SUÁREZ, 10 AÑOS, SANTA ROSA JÁUREGUI, QUERÉTARO.



ANGÉLICA FLORES, 7 AÑOS, BIBLIOTECA DE MÉXICO 'JOSÉ VASCONCELOS', D.F.



gritó. La llamada fue despertando ecos por las profundas oquedades y se desvaneció en la lejanía con un rumor que parecía las convulsiones de una risa burlona.

—¡No! ¡No lo vuelvas a hacer, Tom! ¡Es horrible! —exclamó Becky.

—Sí, es horroroso, Becky; pero más vale hacerlo. Puede que nos oigan —y Tom volvió a gritar.

El *puede* constituía un horror aún más escalofriante que la risa diabólica, pues era la confesión de una esperanza que se iba perdiendo. Los niños se quedaron quietos, aguzando el oído. Todo inútil. Tom volvió sobre sus pasos, apresurándose. A los pocos momentos, una cierta indecisión en sus movimientos reveló a Becky otro hecho fatal: ¡que Tom no podía dar con el camino de vuelta!

— Tom, ¡no hiciste ninguna señal!

—Becky, ¡he sido un idiota! ¡No pensé que tuviéramos nunca necesidad de volver al mismo sitio! No, no doy con el camino. Todo está tan revuelto...

—¡Tom, Tom, estamos perdidos! ¡Estamos perdidos! ¡Ya no saldremos nunca de este horror! ¡Por qué nos separaríamos de los otros!

Se desplomó en el suelo y rompió en tan frenético llanto, que Tom se quedó anonadado ante la idea de que Becky podía morir o perder la razón. Se sentó a su lado, rodeándola con los brazos; reclinó ella la cabeza en su pecho y dio rienda suelta a sus terrores, sus inútiles arrepentimientos, y los ecos lejanos convirtieron sus lamentaciones en risa burlona. Tom le pedía que recobrase la espe-

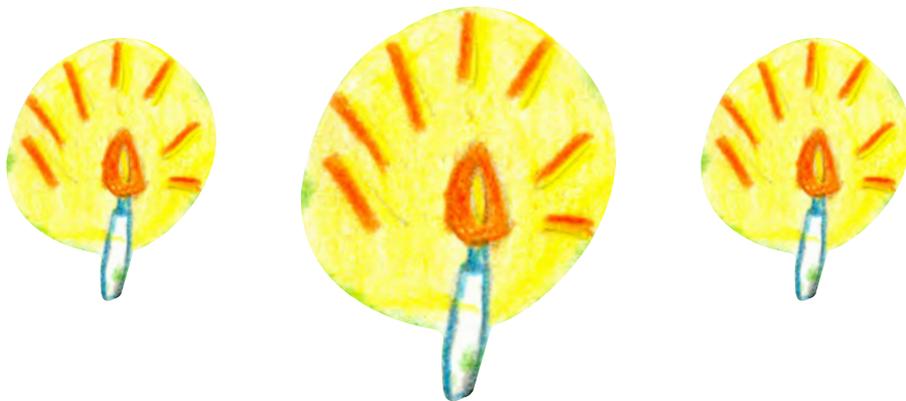
ranza, y ella le dijo que la había perdido del todo. Culpóse él y se colmó a sí mismo de insultos por haberla traído a tan terrible trance, y esto produjo mejor resultado. Prometió ella no desesperar más y levantarse y seguirlo a donde la llevase, con tal de que no volviese a hablar así, pues no había sido ella menos culpable que él.

Se pusieron de nuevo en marcha, sin rumbo alguno, al azar. Era lo único que podían hacer: andar, no cesar de moverse. Durante un breve rato pareció que la esperanza revivía, no porque hubiera razón alguna para ello, sino tan sólo porque es natural en ella revivir cuando sus resortes no se han gastado por la edad y la resignación con el fracaso.

Poco después cogió Tom la vela de Becky y la apagó. Aquella economía significaba mucho; no hacía falta explicarla. Becky se hizo cargo y su esperanza se extinguió de nuevo. Sabía que Tom tenía una vela entera y tres o cuatro cabos en el bolsillo y, sin embargo, había que economizar.

Poco a poco el cansancio comenzó a hacerse sentir; los niños trataron de no prestarle atención, pues era terrible pensar en sentarse cuando el tiempo era tan precioso. Moverse en alguna dirección, en cualquier dirección, era al fin progresar y podía dar fruto; pero sentarse era invitar a la muerte y acortar su persecución.

Al fin las débiles piernas de Becky se negaron a llevarla más lejos. Se sentó en el suelo. Tom se sentó a su lado, y hablaron del pueblo, los amigos que allí tenían, las camas cómodas, y sobre todo, ¡la luz!



Becky lloraba, y Tom trató de hallar la manera de consolarla; pero sus palabras de aliento se iban quedando gastadas con el uso y más bien parecían sarcasmos. Tan cansada estaba Becky, que se fue quedando dormida. Tom se alegró de ello y se quedó mirando la cara dolorosamente contraída de la niña, y vio cómo volvía a quedar natural y serena bajo la influencia de sueños placenteros; hasta vio aparecer una sonrisa en sus labios. Y lo apacible del semblante de Becky se reflejó en una sensación de paz y consuelo en el espíritu de Tom, sumiéndolo en gratos pensamientos de tiempos pasados y de agradables recuerdos. Aún seguía absorto en esas meditaciones, cuando Becky se despertó, riéndose; pero la risa se heló al instante en sus labios y se trocó en un sollozo.

—¡No sé cómo he podido dormir! ¡Ojalá no hubiera despertado nunca, nunca! No..., perdóname. Tom; no me mires así. No volveré a decirlo.



—Me alegro de que hayas dormido, Becky. Ahora ya no te sentirás tan cansada y encontraremos el camino de vuelta.

—Podemos probar, Tom; pero ¡he visto un país tan bonito mientras dormía! Me parece que iremos allí.

—Puede que no, Becky; puede que no. Ten valor y vamos a seguir buscando.

Se levantaron y otra vez se pusieron en marcha, tomados de la mano y descorazonados. Trataron de calcular el tiempo que llevaban en la cueva, pero todo lo que sabían era que parecía que habían pasado días y hasta semanas; y, sin embargo, era evidente que no, pues aún no se habían consumido las velas.

Mucho tiempo después de esto —no podían decir cuánto—, Tom dijo que tenían que andar muy suavemente para poder oír el goteo del agua, pues era preciso encontrar un manantial. Hallaron uno a poco trecho, y Tom dijo que ya era hora de darse otro descanso. Ambos estaban desfallecidos de cansancio; pero Becky dijo que aún podría ir un poco más lejos. Se quedó sorprendida al ver que Tom no opinaba así; no lo comprendía. Se sentaron y Tom fijó la vela en el muro, delante de ellos, con un poco de arcilla. Aunque sus pensamientos no se detenían, nada dijeron por algún tiempo. Becky rompió al fin el silencio.

—Tom, ¡tengo mucha hambre!

Tom sacó una cosa del bolsillo.

—¿Te acuerdas de esto? —dijo.

Becky casi sonrió.

—Es nuestro pastel de bodas, Tom.

—Sí, y más valía que fuera tan grande como un barril, porque esto es todo lo que tenemos.

—Lo separé de la merienda para guardarlo como recuerdo... , como la gente mayor hace con el pastel de bodas... Pero va a ser...

Dejó sin acabar la frase. Tom hizo dos partes del pastel y Becky comió con apetito la suya, mientras Tom no hizo más que morder la que le tocó. No les faltó agua fresca para completar el festín. Poco después sugirió que debían ponerse en marcha. Tom, tras un rato de silencio, dijo:

—Becky, ¿tienes valor para escuchar una cosa?

La niña palideció, pero dijo que sí, que tendría.

—Bueno; pues entonces, oye: tenemos que estamos aquí, donde hay agua para beber. Ese cabito es lo único que nos queda de las velas.

Becky dio rienda suelta al llanto y a las lamentaciones.

Él hizo cuanto pudo para consolarla, pero con escaso éxito.

—Tom —dijo después de un rato—, ¡nos echarán de menos y nos buscarán!

—Seguro que sí. Claro que nos buscarán.

— ¡Quizá nos estarán buscando ya!

—Me parece que sí. Espero que así sea.

—¿Cuándo nos echarán de menos, Tom?

—Puede ser que cuando vuelvan a la barca.

—Para entonces ya será de noche... ¿Notarán que no hemos ido nosotros?

—No lo sé. Pero, de todos modos, tu madre te echará de menos en cuanto estén de vuelta en el pueblo.

La angustia que se pintó en los ojos de Becky hizo darse cuenta a Tom del disparate que había cometido. ¡Becky no debía volver aquella noche a su casa! Los dos se quedaron callados y pensativos.



En seguida una nueva explosión de llanto indicó a Tom que el mismo pensamiento que tenía en su mente había surgido también en la de su compañera: que pasaría casi toda la mañana del domingo antes de que la madre de Becky descubriera que su hija no estaba en casa de los Harper. Los niños permanecieron con los ojos fijos en el pedacito de vela y miraron cómo se consumía lenta e inexorablemente; vieron el trozo de pabilo quedarse solo al fin; vieron alzarse y encogerse la débil llama, subir y bajar, trepar por la tenue columna de humo, vacilar un instante en lo alto, y después... el horror de la más absoluta oscuridad.

Cuánto tiempo pasó después, hasta que Becky volvió a tener consciencia y a darse cuenta de que estaba llorando en los brazos de Tom, ninguno de ellos supo decirlo. Sólo sabían que, después de lo que les pareció un intervalo de tiempo larguísimo, ambos despertaron de un pesado sopor y se sumieron otra vez en su desgracia. Tom dijo que quizá fuese ya domingo, quizá lunes. Quiso hacer hablar a Becky, pero la pesadumbre de su pena la tenía tan anonadada que había perdido toda esperanza. Tom le aseguró que había pasado mucho tiempo ya, y con seguridad habían notado su falta y los estaban buscando. Gritaría, y acaso alguien viniera. Hizo la prueba; pero los ecos lejanos sonaban en la oscuridad tan horriblemente que no osó repetirla.

Pasaban las horas y el hambre volvió a atormentar a los cautivos. Había quedado un poco de la parte del pastel que le tocó a Tom, y lo repartieron entre los dos; pero se quedaron aún más hambrientos: el mísero bocado no hizo sino aguzarles el apetito.

Al poco rato, Tom dijo: —¡Chist! ¿No oyes?

Contuvieron el aliento y escucharon.

Se oía algo como un grito remotísimo y débil. Tom respondió al punto y, tomando a Becky por la mano, echó a andar a tientas por la galería en aquella dirección. Se paró y volvió a escuchar. Otra vez se oyó el mismo sonido al parecer más cercano.

—¡Son ellos! —exclamó Tom—. ¡Ya vienen! ¡Corre, Becky! ¡Estamos salvados!

La alegría enloquecía a los prisioneros. Avanzaban, con todo, muy despacio, porque abundaban los hoyos y era preciso tomar precauciones. A poco llegaron a uno de ellos y tuvieron que detenerse. Podía tener un pie de hondo o podía tener un ciento. No era posible atravesarlo. Tom se echó de bruces al suelo y estiró el brazo cuanto pudo, sin hallar el fondo. Tenían que quedarse allí y esperar hasta que llegasen los que los buscaban. Escucharon. Evidentemente, los gritos lejanos se iban haciendo más y más remotos. Un momento después dejaron de oírse del todo. ¡Qué mortal desengaño! Tom gritó hasta ponerse ronco, pero fue inútil. Aún daba esperanzas a Becky, pero pasó toda una eternidad en anhelosa espera y nada volvió a oírse.

Palpando en las tinieblas, volvieron hacia el manantial.

El tiempo siguió pasando, cansado y lento; volvieron a dormir y a despertarse, más hambrientos y despavoridos. Tom creía que ya debía de ser el martes para entonces.

Se le ocurrió una idea. Muy cerca se abrían algunas galerías. Más valía explorarlas que soportar en la ociosidad la abrumadora pesadumbre del tiempo. Sacó del bolsillo la cuerda de la cometa, la ató a una saliente de la roca, y avanzaron Becky y él; Tom iba delante

desenvolviendo el hilo del ovillo según caminaban a tientas. A los veinte pasos la galería acababa en un corte vertical. Tom se arrodilló y, estirando el brazo cuanto pudo hacia abajo, palpó la cortadura y fue corriéndose después hasta el muro; hizo un esfuerzo para alcanzar con la mano un poco más lejos a la derecha, y en aquel momento, a menos de veinte varas, una mano sosteniendo una vela apareció por detrás de un peñasco. Tom lanzó un grito de alegría; en seguida se presentó, siguiendo a la mano, el cuerpo al cual pertenecía... ¡Joe el Indio! Tom se quedó paralizado; no podía moverse. En el mismo instante, con enorme alivio, vio que el “español” apresuraba el paso y desaparecía de su vista. Tom no se explicaba que Joe no hubiera reconocido su voz y no hubiera venido a matarlo por su declaración ante el tribunal. Sin duda los ecos habían desfigurado su voz. Eso tenía que ser, pensaba. El susto le había aflojado todos los músculos del cuerpo. Se prometía a sí mismo





que, si le quedaban fuerzas bastantes para volver al manantial, allí se quedaría, y nada lo tentaría a correr el riesgo de volver a encontrarse otra vez con Joe. Tuvo gran cuidado de no decir a Becky lo que había visto. Le dijo que sólo había gritado por probar suerte.

Pero el hambre y la desventura acaban al fin por sobreponerse al miedo. Otra tediosa espera en el manantial y otro largo sueño trajeron cambios consigo. Los niños se despertaron torturados por un hambre rabiosa. Tom creía que ya estaría en el miércoles o jueves, o quizá en el viernes o sábado, y que los que los buscaban habían abandonado la empresa. Propuso explorar otra galería. Estaba dispuesto a afrontar el peligro de Joe el Indio y cualquier otro terror. Pero Becky estaba muy débil. Se había sumido en una mortal apatía y no quería salir de ella. Dijo que esperaría a la muerte allí donde estaba..., ya que no tardaría en llegar. Tom podía explorar con la cuerda de la cometa, si quería; pero le suplicaba que volviera de cuando en cuando para hablarle; y le hizo prometer que cuando

llegase el momento terrible estaría a su lado y la sostendría de la mano hasta que todo acabase. Tom la besó, con un nudo en la garganta, e hizo ver que tenía esperanzas de encontrar a los buscadores o un escape para salir de la cueva. Y llevando la cuerda en la mano empezó a andar a tientas por otra de las galerías, con el hilo en sus manos, martirizado por el hambre y agobiado por los presentimientos de un fatal desenlace.





## Dicha general. Los rescatan



Transcurrió la tarde del martes y declinó en el crepúsculo. El pueblecito de San Petersburgo guardaba todavía un fúnebre recogimiento. Los niños perdidos no habían sido hallados. Se habían hecho por ellos rogativas públicas y no pocas en privado, poniendo su corazón en las plegarias los que las hacían; pero ninguna buena noticia llegaba de la cueva. La mayor parte de los exploradores habían abandonado ya la tarea y habían vuelto a sus ocupaciones, diciendo que era evidente que nunca se encontraría a los desaparecidos. La madre de Becky estaba gravemente enferma y deliraba con frecuencia. Decían que desgarraba el corazón oír la llamar a su hija y levantar la cabeza para quedarse escuchando largo rato, y después dejarla caer agotada, sollozando. Tía Polly había caído en una fija y taciturna melancolía y sus cabellos grises se habían tornado blancos casi por completo. Todo el pueblo se retiró a descansar aquella noche triste y apesadumbrado.

Muy tarde, pasada medianoche, un frenético repiqueteo de las campanas de la iglesia puso en conmoción a todo el vecindario, y en un momento las calles se llenaron de gente alborozada y a medio vestir, que gritaba: “¡Arriba, arriba! ¡Ya han aparecido! ¡Los han encontrado!”. Sartenes y cuernos añadieron su estrépito al tumulto; el vecindario fue formando grupos, que marcharon hacia el río, de donde ya venían los niños, en un coche descubierto, arrastrado por una multitud que los aclamaba lanzando hurras entusiastas. Todos rodearon el coche y se unieron a la comitiva, que entró con gran pompa por la calle principal.



Todo el pueblo estaba iluminado; nadie pensó en volverse a la cama; era la más memorable noche en los anales de aquel pequeño pueblo. Durante media hora una procesión de vecinos desfiló por la casa del juez Thatcher, abrazó y besó a los recién encontrados, estrechó la mano de la señora de Thatcher, trató de hablar sin que la emoción se lo permitiese y se marchó regando de lágrimas toda la casa.

La dicha de tía Polly era completa; y casi lo era también la de la madre de Becky. Lo sería del todo tan pronto como el mensajero enviado a toda prisa a la cueva pudiese dar noticias a su marido.

Tom estaba tendido en un sofá, rodeado de un impaciente auditorio, y contó la historia de la maravillosa aventura introduciendo en ella muchos emocionantes aditamentos para mayor adorno; y la terminó con el relato de cómo recorrió dos galerías hasta donde se lo permitió la longitud de la cuerda de la cometa; cómo siguió después una tercera hasta el límite de la cuerda, y ya estaba a punto de volverse atrás cuando divisó un puntito remoto que le parecía luz del día; abandonó la cuerda y se arrastró hasta allí, sacó la cabeza y los hombros por un angosto agujero, ¡vio el ancho y ondulante Misisipi deslizarse a su lado y... Si por casualidad hubiera sido de noche, no hubiera visto el puntito de luz y no hubiera vuelto a explorar la galería. Contó cómo volvió donde estaba Becky y le dio, con precauciones, la noticia, y ella le dijo que no la mortificase con

aquellas cosas porque estaba cansada y sabía que iba a morir y lo deseaba. Relató cómo se esforzó para persuadirla, y cómo ella pareció que iba a morir de alegría cuando arrastrándose pudo llegar al sitio desde donde se veía el remoto puntito de claridad azulada; cómo consiguió salir del agujero y después ayudó para que ella saliese; cómo se quedaron allí sentados y lloraron de gozo; cómo llegaron unos hombres en un bote y Tom los llamó y les contó su situación y les dijo que perecían de hambre; cómo los hombres no querían creerlo al principio, “porque —decían— estáis a cinco millas río abajo del valle en que está la cueva”, y después los recogieron en el bote, los llevaron a una casa, les dieron de cenar, los hicieron descansar hasta dos o tres horas después de haber anochecido y, por fin, los trajeron al pueblo.

Antes de que amaneciese se descubrió el paradero, en la cueva, del juez Thatcher y de los que aún seguían con él, por medio de los cordeles que habían ido tendiendo para servirles de guía, y se les comunicó la gran noticia.





TERE VALENTINA HAAZ AKE, 7 AÑOS, CAMPECHE, CAMP.



MARIANA ÁLVAREZ BENÍTEZ, 8 AÑOS, BIBLIOTECA DE MÉXICO 'JOSÉ VASCONCELOS', D.F.

Los efectos de tres días y tres noches de fatiga y de hambre en la cueva no eran cosa baladí y pasajera, según pudieron comprobar pronto Tom y Becky. Estuvieron postrados en cama todo el miércoles y el jueves, y cada vez parecían más cansados y desfallecidos. Tom se levantó un poco el jueves, salió a la calle el viernes y para el sábado estaba ya como nuevo; pero Becky no dejó su cuarto hasta el domingo, y cuando se levantó, parecía que había pasado una larga y agotadora enfermedad.

Tom se enteró de que Huck estaba enfermo y fue a verlo; pero no lo dejaron entrar en la habitación del amigo; tampoco pudo verlo el sábado ni el domingo. Después, le permitieron verlo todos los días, pero le advirtieron que nada debía decir de la aventura ni hablar de cosas que pudieran excitar al paciente. La viuda de Douglas presenció las visitas para asegurarse de que era obedecida. Tom supo en su casa lo sucedido en el monte de Cardiff, y también que el cadáver del hombre harapiento había sido finalmente hallado junto al embarcadero. Sin duda se había ahogado mientras intentaba escapar.

Un par de semanas después de haber sido rescatado de la cueva, Tom fue a visitar a Huck, el cual estaba ya sobradamente repuesto y fortalecido para oír hablar de cualquier tema, y Tom sabía de algunos que, según pensaba, habían de interesarle en alto grado. Como la casa del juez Thatcher le quedaba de paso, Tom se detuvo allí para ver a Becky. El juez y algunos de sus amigos lo hicieron hablar, y uno de ellos le preguntó, irónicamente, si le gustaría volver a la cueva. Tom dijo que sí y que ningún inconveniente tendría en volver.

—Pues mira —dijo el juez—, seguramente que no serás tú el único. Pero ya hemos tomado precauciones. Nadie volverá a perderse en la cueva.

—¿Por qué?

—Porque hace dos semanas que he hecho cubrir exteriormente la puerta con una plancha de hierro con tres cerraduras. Y yo tengo las llaves.

Tom se puso blanco como un papel.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Qué es eso? ¡Que traigan agua, pronto!

Trajeron el agua y le rociaron la cara.

—Vamos, ya estás mejor. ¿Qué te pasa, Tom?

—¡Señor juez, Joe el Indio está en la cueva!



ÁLVARO PUENTES, 9 AÑOS, REAL DE CATORCE, SAN LUIS POTOSÍ.









## Semblanza de Mark Twain

Samuel Langhorne Clemens (1835-1910), mejor conocido como Mark Twain, seudónimo con el que firmaba sus obras, fue un escritor, periodista y editor estadounidense, de quien en 2010 se conmemora el centenario de su fallecimiento. Considerado uno de los más destacados escritores de la historia literaria de su país, obtuvo popularidad gracias al humor que se desprende de sus escritos, además por su uso realista de los dialectos, en especial el cultivado a orillas del Misisipi, y por su perfecto retrato de la sociedad estadounidense de mediados del siglo XIX.

Aventurero incansable, encontró en su propia vida la inspiración para sus obras literarias, y en algunas de ellas rememora sus vivencias como periodista, buscador de oro y piloto de barco, además de sus variadas experiencias como viajero.

Es autor de una amplia obra, entre cuyos títulos se encuentran *Una vida dura* (1872), *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876), *Un vagabundo en el extranjero* (1880), *Príncipe y mendigo* (1882), *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884) y *Un yanqui en la corte del Rey Arturo* (1889), algunos de los cuales han sido llevados al cine.

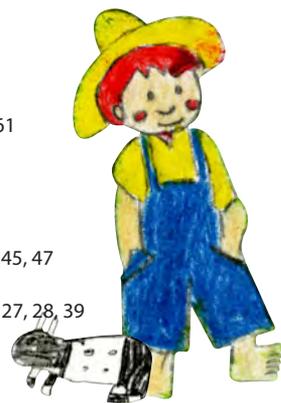
Fue una celebridad mundial durante los últimos años de su vida, y recibió el doctorado Honoris Causa por la Universidad de Oxford, Inglaterra, en 1907. Falleció en Connecticut, Estados Unidos, el 21 de abril de 1910.





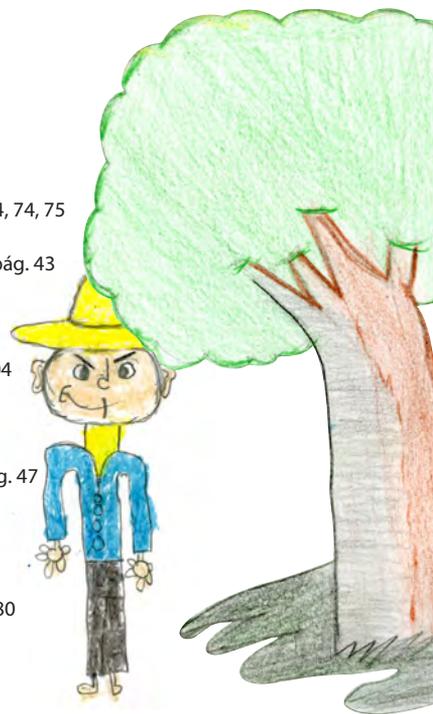
## Identificación de imágenes

- Ismael Abad, 5 años, Xalapa, Veracruz, pág. 10  
 Sherlyn Janeth Acosta Valencia, 10 años, Veracruz, Ver., pág. 98, 99, 110  
 Karla Andrea Adam Fragoso, 10 años, Poza Rica, Veracruz, pág. 17  
 Alan Zajary Alcalá Molett, 9 años, Ensenada, Baja California, pág. 29  
 Itzel Alcudia Osorio, 12 años, Comalcalco, Tabasco, pág. 31  
 Jesús Daniel Aldaba Villarreal, 11 años, Durango, Dgo., pág. 38  
 Xavier Alejandro, 10 años, Tijuana, Baja California, pág. 88  
 Guadalupe Alvarado Estrada, 9 años, Tula de Allende, Hidalgo, pág. 22  
 Mariana Álvarez Benítez, 8 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 101, 102  
 Diego Rodrigo Arcos Torres, 8 años, Emiliano Zapata, Tabasco, pág. portada, 41, 111  
 Sebastián Arriaga Mejía, 5 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 44  
 Carlos Alfonso Arroyo Álvarez, 12 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 37, 56  
 Sergio Antonio Ayala Solís, 9 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 48  
 Elia Olma Barón Ramírez, 11 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 48  
 Gerardo Cob del Castillo Fernández, 9 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 82  
 Paola Comoto Soto, 10 años, Delegación Miguel Hidalgo, D.F., pág. 19  
 Giselle Concha Ibarra, 9 años, Durango, Dgo., pág. 90  
 Jesús Uriel Contreras García, 12 años, Guadalajara, Jalisco, pág. 15, 21  
 Alejandra Cupil Ramón, 10 años, Nacajuca, Tabasco, pág. 84, 89  
 Alondra Itzel Daniel Durán, 6 años, General Terán, Nuevo León, pág. 109  
 Hugo Andrés Delgado Silvón, 9 años, Jalapa, Tabasco, pág. 45  
 Liliana Elizondo Olvera, 11 años, Piedras Negras, Coahuila, pág. 54, 55  
 Martina Ferreiros Galisteo, 10 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 77  
 Angélica Flores, 7 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 87  
 José Daniel Flores Caballero, 7 años, Tlapanaloya, Hidalgo, pág. 39, 44  
 Jorge Aldair Flores García, 9 años, Atizapán, Estado de México, pág. 111  
 Juliana Berenice Flores Sánchez, 12 años, Tecate, Baja California, pág. 51  
 Leonardo Frías López, 10 años, Biblioteca ISSSTE, D.F., pág. 105  
 Héctor Fernando Galindo Romero Mora, 10 años, Chihuahua, Chih., pág. 65  
 Nancy Elena Galván Contreras, 7 años, Durango, Dgo., pág. 95  
 Nancy Galván Hernández, 8 años, La Ciénega de Zimatlán, Oaxaca, pág. 76  
 Levi Emilio Gallegos Leal, 10 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 111  
 Ángela Gabriela Garza Cavazos, 6 años, General Terán, Nuevo León, pág. 60  
 Elsa Benita Guerrero Díaz de León, 10 años, General Terán, Nuevo León, pág. 18  
 Leonardo Fabián Guerrero Toscuento, 11 años, Biblioteca ISSSTE, D.F., pág. 110  
 Karla Vanessa Guerrero Valdez, 10 años, Chihuahua, Chih., pág. 30  
 Gustavo Ariel Haaz Ake, 8 años, Campeche, Camp., pág. 100  
 Tere Valentina Haaz Ake, 7 años, Campeche, Camp., pág. 102  
 Misael Hernández de Gante, 11 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 61  
 Azeneth Ibarra Moreno, 7 años, Puerto Peñasco, Sonora, pág. 71  
 Odalys Ino Martínez, 11 años, Biblioteca ISSSTE, D.F., pág. 7  
 Karoly Guadalupe Isidro Rodríguez, 11 años, Nacajuca, Tabasco, pág. 2  
 Israel Jacobo Francisco, 9 años, Delegación Miguel Hidalgo, D.F., pág. 33  
 Daniel Emiliano Juárez Rojas, 10 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 45, 47  
 Abigail Leal Flores, 11 años, Ensenada, Baja California, pág. 69  
 Dafne Camila López González, 7 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 27, 28, 39





- Yatziri López de la Torre, 8 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 43  
Johann Eliseo Raúl Marín Alva, 5 años, Delegación Miguel Hidalgo, D.F., pág. 104  
Anthony Giovanni Martínez Herrera, 5 años, Xalapa, Veracruz, pág. 13  
Emmanuel Mejía Jiménez, 9 años, Tula de Allende, Hidalgo, pág. 52  
Arely Alexandra Mendoza Hernández, 10 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 58  
Daniel Montiel Tovar, 7 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 25  
Rodolfo E. Montoya Benítez, 12 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 68,73, 80  
Danna Paola Navarrete González, 8 años, San Luis Potosí, S.L.P., pág. 34  
Emilio E. Negrete Hernández, 7 años, San Miguel de Allende, Guanajuato, pág. 4  
Óscar Aldair Nieto Hernández, 11 años, Saltillo, Coahuila, pág. 57  
Sheila Guadalupe de la O López, 11 años, Nacajuca, Tabasco, pág. 35  
Luisa Dafné Ochoa Puerta, 10 años, Chihuahua, Chih., pág. 17  
Kevin Maximiliano Ordoñez Maldonado, 11 años, Biblioteca ISSSTE, D.F., pág. 97  
Abraham Ormuz Piña, 11 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 9  
Ximena Scarlett Ortiz Mejía, 10 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 109  
Zuleima María Padilla Marban, 10 años, Chetumal, Quintana Roo, pág. 14  
Andrea Páez Villegas, 10 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 36  
Juan Carlos Pantoja Tapia, 8 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 29, 59  
Diana Peregrina Cárdenas, 10 años, Jalapa, Tabasco, pág. 8  
Sofía Belinda Pérez Muñoz, 10 años, Veracruz, Ver., pág. portada, 40, 106-107  
José Daniel Pichardo Suárez, 10 años, Santa Rosa Jáuregui, Querétaro, pág. 87  
Antonio Polanco Moctezuma, 5 años, Xalapa, Veracruz, pág. 12  
Álvaro Puentes, 9 años, Real de Catorce, San Luis Potosí, pág. 104, 110  
Omar Ramírez de Jesús, 11 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 26  
Emilio Ramos Hernández, 5 años, Veracruz, Ver., pág. 112  
Lizbeth Rodríguez Espinoza, 11 años, Veracruz, Ver., pág. 108  
David Romero Colín, 11 años, Amealco, Querétaro, pág. 57  
César Romero López, 10 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 22  
Loren Rustrián Flores, 10 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 70  
Érick Rolando Salinas Perales, 9 años, Torreón, Coahuila, pág. 28  
Gustavo Sampieri Ríos, 10 años, Xalapa, Veracruz, pág. 16, 29  
José Ma. Sánchez Montoya, 12 años, Monterrey, Nuevo León, pág. 1  
Christopher Aldayr Santiago, 8 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. portada, 64, 74, 75  
Manuel Roberto Santos García, 10 años, Comalcalco, Tabasco, pág. 11  
Brayan Sarmiento Molina, 11 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 43  
Luis Ángel Saucedo Mirafuentes, 6 años, Delegación Miguel Hidalgo, D.F., pág. 46  
Athziri Yareli Sierra Orozco, 6 años, General Terán, Nuevo León, pág. 96  
Bryan Giovanni Sigala Granillo, 9 años, Chihuahua, Chih., pág. 62, 93  
Diana Laura Solórzano Suverza, 11 años, Delegación Miguel Hidalgo, D.F., pág. 104  
Arelí Suárez Sánchez, 6 años, Santa Rosa Jáuregui, Querétaro, pág. 76  
Vanessa Montserrat Terriquez Leal, 5 años, Puerto Peñasco, Sonora, pág. 6  
Rafael Testa Morales, 6 años, Campeche, Camp., pág. 85  
Luz Daniela Torres Ibarra, 8 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 47  
José Roberto Valenzuela Atilano, 9 años, Ensenada, Baja California, pág. 68  
Luceldi Sughey Vázquez Martínez, 10 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 79  
Sagrario Vega, 9 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 50, 76  
Anahí Villa Martínez, 10 años, Mexicali, Baja California, pág. 66  
Hirepan Zavala García, 7 años, Biblioteca de México "José Vasconcelos", D.F., pág. 80



CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Consuelo Sáizar  
Presidenta

Raúl Arenzana Olvera  
Secretario Ejecutivo

Fernando Serrano Migallón  
Secretario Cultural y Artístico

Fernando Álvarez del Castillo  
Director General de Bibliotecas

*Aventuras de Tom Sawyer:  
Mark Twain para niños*

Beatriz Palacios  
Edición y coordinación

Natalia Rojas Nieto  
Diseño

Irery Medina Urbina  
Formación

Virginia Sáyago Vergara  
Producción

Isabel Pérez Castilleja  
Selección de textos

Juan Eduardo Ruiz y Noé Sandoval  
Selección de dibujos

Sonia Angélica Barbosa  
Asistente de coordinación



*Aventuras de Tom Sawyer:  
Mark Twain para niños*

Se terminó de imprimir en los talleres de Impresora y  
Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA),  
en diciembre de 2010. La edición consta de diez mil ejemplares.



Casi todas las aventuras relatadas en este libro han ocurrido realmente; una o dos de ellas fueron experiencias mías; el resto, de muchachos compañeros de la escuela...

Aunque mi libro ha sido concebido especialmente para solaz de niños y niñas, espero que sea leído también por hombres y mujeres, pues ha sido mi propósito al escribirlo recordar agradablemente a los adultos cómo fueron ellos en su niñez, cómo sentían, pensaban y hablaban, y en qué extrañas empresas se hallaron muchas veces empeñados.

Mark Twain

